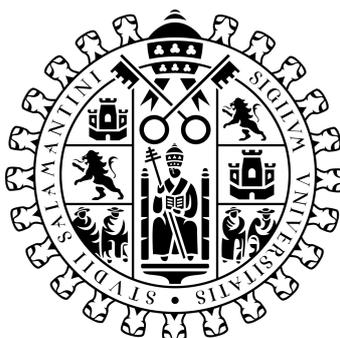




UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
FACULTAD DE FILOLOGÍA  
GRADO EN LENGUAS, LITERATURAS  
Y  
CULTURAS ROMÁNICAS



Trabajo de Fin de Grado

DIPLOMACIA Y PROPAGANDA  
DURANTE  
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Autora: Mercédesz Mária Lajos  
Tutor: Prof. Dr. Juan Miguel Valero Moreno

SALAMANCA, 2021

A mis padres, Antal y Mária,  
por su apoyo continuo y amor incondicional.

A mis abuelos y mi hermana, Mirella,  
que están siempre a mi lado.

A mi coordinador, Juan Miguel,  
por animarme a ser cada vez mejor.

## RESUMEN

Habiendo sido la Guerra Civil española un conflicto internacional, su análisis ofrece una oportunidad excelente para tratar los aspectos de la diplomacia y de la propaganda. Si bien son muchos los estudios sobre dicha contienda, pocos han optado por un enfoque que entrelace el carácter diplomático y propagandístico de la guerra. Por tanto, el objetivo de este trabajo es demostrar, a través del ejemplo de la Guerra Civil española, la complementariedad de estos dos conceptos, diplomacia y propaganda, que obedecen a la misma finalidad: satisfacer los intereses de los países involucrados en un conflicto bélico.

Palabras clave:

Guerra civil, guerra civil española, propaganda, diplomacia, intervención extranjera

## ABSTRACT

The Spanish Civil War having been an international conflict, his analysis offers an excellent opportunity to deal with the aspects of diplomacy and propaganda. Although there are many studies on this conflict, few have chosen an approach that intertwines the diplomatic and propaganda character of the war. Therefore, the objective of this work is to demonstrate, through the example of the Spanish Civil War, the complementarity of these two concepts, diplomacy and propaganda, which serve the same purpose: to satisfy the interests of the countries involved in a warlike conflict.

Keywords:

Civil war, Spanish civil war, propaganda, diplomacy, foreign intervention

# ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN
  - 1.1. Justificación de la investigación
  - 1.2. Objetivos
  
2. CONTEXTO HISTÓRICO
  - 2.1. Antecedentes de la guerra
  - 2.2. La Segunda República
  - 2.3. La crisis del parlamentarismo constitucional
  - 2.4. La insurrección del 18 de julio
  
3. EL CARÁCTER INTERNACIONAL DE LA GUERRA
  - 3.1. La Guerra Civil española como conflicto internacional
  - 3.2. Propaganda y diplomacia: conceptos interconectados
  
4. DIPLOMACIA
  - 4.1. Definición de diplomacia y su función en la guerra
  - 4.2. El Acuerdo de No Intervención
  - 4.3. El bando nacional: ayuda extranjera militar y propagandística
    - 4.3.1. Alemania
    - 4.3.2. Italia
    - 4.3.3. Portugal
  - 4.4. El bando republicano: ayuda extranjera militar y propagandística
    - 4.4.1. La URSS y las Brigadas Internacionales
    - 4.4.2. Inglaterra
    - 4.4.3. Francia
  
5. PROPAGANDA
  - 5.1. Definición de propaganda y su función en la guerra
  - 5.2. Las características de la propaganda en la Guerra Civil española
  - 5.3. La propaganda en el bando franquista
    - 5.3.1. El cartelismo y la pintura
    - 5.3.2. El cine

5.3.3. La radio

5.3.4. La literatura

5.4. La propaganda en el bando republicano

5.4.1. El cartelismo y la pintura

5.4.2. El cine

5.4.3. La radio

5.4.4. La literatura

6. CONCLUSIÓN

7. BIBLIOGRAFÍA

8. ANEXO GRÁFICO

# 1. INTRODUCCIÓN

Escribir sobre cualquier tema histórico no es tarea fácil, y esto no es distinto en el caso de la Guerra Civil española. A pesar de contar con un vastísimo abanico de recursos sobre el tema, existen fuertes discrepancias sobre aspectos puntuales del conflicto español: «Es decir, que dependiendo de los intelectuales y de las obras que se investiguen el guion que se escriba sobre la Guerra Civil española va a ser muy diferente» (Marqués Salgado, 2013: 232). Esto supone que cualquier trabajo con un trasfondo histórico va a presentar los mismos acontecimientos desde una perspectiva distinta, haciendo que establecer el límite entre «memoria histórica» e historia sucedida sea difícil. Como argumenta Enzo Traverso (2007), nunca es posible ser completamente imparcial, ya que los seres humanos, subconscientemente, siempre van a ser subjetivos, dependiendo de *por qué y para quién* se intenta narrar la historia. El presente trabajo no tiene intención de dar razón a unos historiadores y no a otros, sino matizar y evaluar algunas de las cuestiones que son relevantes en el debate.

Así, este Trabajo de Fin de Grado tiene como objetivo analizar el fenómeno de la propaganda y de la diplomacia durante la Guerra Civil española a través de una metodología deductiva. Para tal fin, se ha consultado una bibliografía heterogénea, incluyendo monografías de historia, ciencias políticas, economía, sociología, periodismo y humanidades; artículos de revistas; libros editados por diplomáticos, funcionarios, escritores y combatientes en la guerra; material visual y páginas web.

La organización del trabajo seguirá el siguiente esquema:

- I. Contexto histórico: en esta primera parte se explicarán los acontecimientos más importantes de la guerra para poder entender los fenómenos producidos en su contexto.
- II. El carácter internacional de la guerra: la segunda parte del trabajo se centrará en las cuestiones que conciernen el aspecto internacional de la contienda.
- III. Diplomacia: como tercera parte, se analizará el concepto de la diplomacia y la función que ha desempeñado en el conflicto.

- IV. Propaganda: en la cuarta parte se procederá al estudio de la propaganda durante la guerra y de su utilidad.

## 1.1. JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

Las motivaciones de estudio para el presente Trabajo de Fin de Grado responden a intereses personales y a futuras aspiraciones profesionales en el ámbito de las relaciones internacionales y de la diplomacia. Tras el inicio de mis estudios en el Grado en Lenguas, Literaturas y Culturas Románicas de la Universidad de Salamanca en 2017, y sobre todo de después de mis estancias en varias universidades, tales como Bellarmine University, Université de Paris IV (La Sorbonne) y Università di Roma (La Sapienza), empecé a interesarme por los procesos internacionales actuales, cuyo funcionamiento podemos entender mejor si disponemos de conocimientos sobre historia.

Desde el inicio de mis estudios he mostrado gran interés por los aspectos culturales, lingüísticos e históricos de los países europeos, así como extraeuropeos. Creo firmemente que para poder entender el orden global del siglo XXI es necesario tener, por un lado, un conocimiento multidisciplinar que vaya más allá de los campos más tradicionales de las ciencias políticas y jurídicas, y, por otro lado, analizar los mecanismos y acontecimientos del pasado para así poder construir un futuro mejor. Por ello, analizar la diplomacia y la propaganda durante la Guerra Civil Española ofrece una oportunidad única para llevar a cabo un estudio que cumpla con dichas funciones.

## 1.2. OBJETIVOS

El objetivo principal de este trabajo es analizar desde un enfoque interdisciplinario el fenómeno de la propaganda y de la diplomacia en la Guerra Civil española, estableciendo una serie de conexiones entre estos dos conceptos. Mientras que la parte historiográfica del trabajo pretende seguir un análisis objetivo de los acontecimientos, las partes dedicadas a la diplomacia y la propaganda permiten desarrollar un pensamiento crítico y reflexivo sobre la interconexión existente entre dichos conceptos.

«Todas la guerras son malas, porque simbolizan el fracaso de toda política. Pero las guerras civiles, en las que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina» – Charles de Gaulle

## 2. CONTEXTO HISTÓRICO

Este apartado pretende servir de fundamento para conocer los acontecimientos más importantes de la Guerra Civil española (GCE) puesto que de otra forma difícilmente podría entenderse los conceptos de propaganda y diplomacia con ellos relacionada.

Varios historiadores han argumentado que las guerras civiles son las más inhumanas de todas las guerras. El filósofo Hobbes «compara la guerra civil con una enfermedad que afecta al cuerpo humano y lo corroe hasta matarlo» (Hobbes *apud* Traverso, 2007: 62). La descripción más antigua de una guerra civil remonta a 427 a. de C. en la isla de Corcira (Corfú) que Tucídides relata en su *Historia de la guerra de Peloponeso* como una erupción de odio que producía «mutaciones psicológicas»; de esta manera, «la audacia irreflexiva pasaba por ser entrega valerosa al propio bando, la prudencia por cobardía, la inteligencia en general como una inercia completa» (Tucídides *apud* Traverso, 2007: 66).

### 2.1. ANTECEDENTES DE LA GUERRA

Aunque la GCE ha cobrado dimensiones internacionales, las causas del estallido de la contienda respondieron, principalmente, a causas internas del país. Si bien sin la intervención extranjera el resultado habría sido muy diferente, no se debe dejar al margen el contexto interno en el que se encontraba España a comienzos del siglo XX. La historiadora Helen Graham (2005) identifica tres causas fundamentales que condujeron al conflicto bélico:

- Una sociedad dividida: existían fuertes diferencias entre centro y periferia, la generación más joven y los mayores, conservadores y liberales, las mujeres de costumbres tradicionales y las «mujeres nuevas», etc.
- El catolicismo: la Iglesia estaba muy en contra del liberalismo político y del pluralismo ya que para esta institución la monarquía, forma del poder político de aquel entonces, era la mejor forma de gobierno. De lo contrario, su hegemonía habría estado en peligro, algo que sentían las clases más conservadores que apoyaron a la Iglesia.
- El poder y la emergencia de las fuerzas armadas: cuando Francisco Franco tenía tan solo 15 años y había ingresado en el servicio militar, ya se extendió un mito,

según el cual, por causa de las pérdidas de las colonias españolas, los políticos no tenían justificación moral para seguir defendiendo España. De esta manera, se necesitaba que España fuese defendida por otros, en este caso por los militares.

Por su parte, el historiador Pierre Vilar (1986), de una manera parecida aunque no idéntica, defiende que fueron los «desequilibrios» existentes en la España del siglo XX los que condujeron a la contienda: desequilibrios sociales, regionales y espirituales. Sin embargo, la pregunta de Pío Moa es muy perspicaz: «¿Por qué tales *desequilibrios* no engendraron en Francia una guerra civil –aunque el país estuvo cerca de ella también en los años treinta–, y en España sí?» (Moa, 2004: 23). Según Moa, en esta visión de «desequilibrios» subyace una idea subjetiva de Vilar, al considerar que las soluciones (marxistas) habrían mejorado la situación frente a otras (conservadoras). Aunque Moa argumenta que para encontrar las respuestas reales y objetivas a las causas de la guerra, el historiador debe analizar «la manera como abordaban esos problemas los partidos y sus dirigentes, y en el carácter ideológico y objetivos de éstos» (Moa, 2004: 36), él, por su parte, atribuye con parcialidad la razón a los sublevados.

Durante la I GM España fue el país europeo que experimentó más crecimiento económico durante la década de 1920. Pero entre 1917 y 1923 se inició en Barcelona una lucha de clases violenta protagonizada por parte de los anarcosindicalistas, la CNT. En aquel entonces, en España, «la principal fuente de riqueza era la agricultura, que aportaba casi la mitad del producto nacional» (Beevor, 2005: 15). Los trabajadores de la España profunda vivían en pésimas condiciones y se convirtieron casi en esclavos de los terratenientes, causando revueltas que fueron duramente reprimidas. Por tanto, «los años de la guerra habían generado prosperidad para las clases altas, pero la inflación y la escasez ahogaba a la clase obrera, por lo que las tensiones sociales seguían siendo significativas» (Payne, 2020: 31).

Para poner fin a las protestas, en 1923, Miguel Primo de Rivera dio un golpe de estado que terminaría en 1930, dando lugar a la celebración de elecciones el 14 de abril de 1931, fecha que marca la instauración de un gobierno Republicano, la llamada Segunda República. Tras una dictadura, el deseo de instaurar una República era defendido por la mayoría del pueblo, por intelectuales como Ortega y Gasset o Antonio Machado, y hasta por algunos antiguos monárquicos como José Sanchez Guerra, Miguel Maura y Niceto Alcalá Zamora.

## 2.2. LA SEGUNDA REPÚBLICA

En cuanto al inicio del período de la Segunda República, la coalición republicana-socialista logró una victoria incontestable en 41 de las 50 capitales, si bien el rey todavía se defendía por la manipulable opinión pública rural (Moradiellos, 2016).

El rey Alfonso XIII, viendo las protestas en las ciudades y el consejo de los políticos monárquicos, decidió huir del país, poniendo fin a la monarquía y legitimando así la República. Sin embargo, el ambiente político no era el más favorable. Tras la Gran Depresión, que también afectó a España –aunque en mucho menor medida que a los países más ricos en Europa– y, sobre todo, después de los errores de la dictadura de Primo de Rivera, la República se encontró con una enorme deuda pública.

Niceto Alcalá Zamora, ex monárquico, católico y terrateniente cordobés, asumió la presidencia de un gobierno republicano provisional, transitorio, y tuvo que elaborar una constitución fuertemente anticlerical, algo que hizo solo de manera moderada, causando un gran descontento.

Tras la presidencia de Niceto Alcalá Zamora comienza la presidencia de Manuel Azaña entre 1931 y 1933 (que se conoce como bienio reformista). Durante este período la coalición republicano-socialista pretendió modernizar el país. Las reformas que la República propuso tenían que ver, en su mayoría, con las leyes agrarias (el artículo 44 que decretaba la expropiación forzosa de tierras), la separación del Estado y la Iglesia (el famoso artículo 26), el servicio militar y la alfabetización. Estos artículos fueron los más debatidos en las Cortes, ya que iban en contra de los intereses de los grupos conservadores. Finalmente, la Constitución fue aprobada el 9 de diciembre de 1931 con algunas modificaciones, aunque seguía siendo muy radical para los católicos y la derecha.

En 1933 se celebraron elecciones de nuevo y esta vez ganó el centro-derecha (época conocida como bienio conservador) de Alejandro Lerroux, apoyado desde el parlamento por la derecha católica de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). La derrota de la izquierda se debió, en parte, al hecho de que acudió a las urnas de manera muy fraccionada, algo que se corregirá en las elecciones de 1936.

El bienio conservador de Alejandro Lerroux se caracterizó por una gran inestabilidad. Por un lado, las clases más pobres no pudieron mejorar sus condiciones y sus protestas fueron oprimidas. En este sentido, la República había decepcionado a aquellos que más esperanzas habían depositado en ella (de aquí el famoso «Comed

República» que los terratenientes espetaban a los campesinos que se quedaron sin protección de trabajo y estaban al borde de la hambruna). Por otro lado, los cambios estructurales que la República quiso conseguir fueron demasiado ambiciosos a ojos de los grupos más conservadores, que se opusieron a estos cambios. La actitud de la República (pero más precisamente de los grupos de izquierda) hacia el cristianismo fue probablemente uno de los aspectos más problemáticos y que más rechazo causó, porque quiso disolver todo tipo de religiosidad y promover una enseñanza laica. El programa de secularización que propuso la República durante el bienio reformista fue considerado contra-productivo. Por su parte, el bienio conservador de Lerroux actuó en defensa de la Iglesia.

Por tanto, no es sorprendente que estas diferencias desembocaran en los acontecimientos de octubre de 1934, que marcaron fuertemente el futuro de la política interna de España. Hay historiadores que incluso datan el comienzo de la Guerra Civil española en 1934. En ese año, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se radicalizó bajo el mando de Largo Caballero y se promovió una huelga general revolucionaria que empezó el 5 de octubre, desembocando en un estado de guerra. «Hubo actos violentos en 15 provincias y en total murieron casi 1400 personas» (Payne, 2019: 46). Este evento cristalizó a ojos de la derecha el hecho de que el ejército fuera la única garantía contra el cambio revolucionario.

No cabe duda de que una insurrección tan violenta alarmó por igual al centro y a la derecha. El levantamiento, ciertamente, parecía confirmar a la derecha en su creencia de que debía hacer todo lo posible para impedir un nuevo intento de establecer la dictadura del proletariado, sobre todo cuando Largo Caballero declaraba que quería una república sin lucha de clases, pero que para ello era preciso que una de las clases desapareciera (Beevor, 2005: 47).

El estado de guerra duró todo el año de 1935 y se empezaron a preparar las elecciones del 16 de febrero de 1936, que serían las últimas elecciones democráticas en los siguientes cuarenta años.

### 2.3. LA CRISIS DEL PARLAMENTARISMO CONSTITUCIONAL

El historiador Stanley Payne (2019) identifica que la crisis de la democracia en España no fue provocada ni por los revolucionarios, ni por la derecha radical, sino más bien por las pésimas gestiones del presidente Niceto Alcalá Zamora. El presidente mostraba una obsesión por el liderazgo, viéndose a sí mismo como el último garante de la República liberal. Sus maniobras anticonstitucionales en el gobierno, haciendo y deshaciendo Gabinetes a voluntad, le había granjeado el odio de las derechas y de las izquierdas por igual. Ante el descontento de los partidos parlamentarios, Alcalá-Zamora no tuvo otra elección que convocar elecciones el 16 de febrero de 1936. Las izquierdas, a excepción de la FAI-CNT, se unieron en el Frente Popular para poder tener el mayor número de votantes y así evitar el error cometido en las elecciones de 1933, a las que acudieron de manera fraccionada. Pero el objetivo del Frente Popular y de su líder incuestionable, Manuel Azaña, no era representar fielmente la democracia sino insistir en una «hiperlegitimidad» de las izquierdas, independientemente de los resultados de las elecciones, y reivindicar la insurrección de 1934, un levantamiento que siempre apoyaron (Beevor, 2005).

Durante las elecciones de 1936 ya se pusieron en marcha intensas campañas de propaganda, ya que tanto el Frente Popular [Fig. 1] como las derechas [Fig. 2] eran conscientes de lo mucho que se jugaban en las urnas.

El resultado de las elecciones fue muy apretado, y aunque existían sospechas de fraude, la victoria se atribuyó al Frente Popular. Sin esperar ni siquiera a una amnistía, las multitudes corrían a liberar a los presos, causando desesperación y horror en la derecha. Periódicos como el *ABC* no dejaban de lanzar mensajes catastrofistas de que había llegado la dictadura del proletariado (Cruz Mina, 1990), contribuyendo así a alentar la revolución militar.

A los oficiales se les llamó cobardes por no hacer nada contra el nuevo Gobierno del Frente Popular. La Falange –fundada por José Antonio Primo de Rivera (el hijo de Miguel Primo de Rivera)–, que hasta entonces no había tenido gran protagonismo político, empezó a crecer, alcanzando la cifra de 30.000 miembros durante la primavera de 1936 (Beevor, 2005). En comparación con el fascismo italiano y con el nazismo alemán, el falangismo tenía una naturaleza fuertemente conservadora, defendiendo la religión, el matrimonio, la familia y la propiedad privada. Los carlistas, eran otro grupo antiliberal que se mostraron en contra de la «conspiración de izquierdas», identificando a sus partidarios como «judeo-marxistas-masónicos».

En el verano de 1936 se incrementó el ritmo de la violencia política y de las huelgas: «Habían sido quemadas 170 iglesias, se habían cometido 269 homicidios y 1287 personas habían resultado heridas» (Beevor, 2005; 74). Pero no faltaban ejemplos de actos violentos cometidos por la Falange que quisieron atribuirse a la izquierda:

Dada la inestable situación política, y los odios surgidos en 1934, la combinación del descenso en la producción, con los elevados salarios (obtenidos por intimidación), con el hundimiento de la confianza de los empresarios, y con el aumento del paro, dejaba al país sólo tres alternativas: la revolución, la contrarrevolución o la guerra civil (Thomas, 1976: 376).

Ante estos acontecimientos, se gestaban conspiraciones militares, entre ellos, la de general Mola, pero que no llegaron muy lejos. De hecho, fue el mismo Francisco Franco quien aconsejó a Mola a posponer el golpe de estado por si la República conseguía poner orden (Payne, 2019). Sin embargo, el asesinato de José Calvo Sotelo –uno de los defensores más importantes de las derechas en las Cortes– por parte de los socialistas, causó una gran conmoción no solo entre los oficiales militares, sino entre millones de civiles también, actuando como un catalizador para la rebelión: «Por primera vez, Franco creía que era menos peligroso rebelarse que no hacerlo» (Payne, 2019: 74).

## 2.4. LA INSURRECCIÓN DEL 18 DE JULIO

Como consecuencia de las tensiones descritas anteriormente, el 18 de julio de 1936 el general Francisco Franco decidió llevar a cabo un golpe de estado con la ayuda del ejército de África –el más experimentado en aquel entonces– y varias guarniciones de la península.

El levantamiento solo podía iniciarse por aquel sector del ejército más disciplinado y curtido en la lucha: un total de más de 32.000 hombres, contando con 4.200 legionarios, 17.000 regulares indígenas (los ‘moros’) y 11.000 reclutas del servicio militar obligatorio (Moradiellos, 2016: 87).

El día anterior, el 17 de julio de 1936, se habían sublevado con éxito las guarniciones en Ceuta, Melilla y Tetuán. Francisco Franco, que se encontraba en Santa Cruz de Tenerife,

se trasladó al protectorado de Marruecos el 18 de julio. Los golpistas tenían intención de ocupar las grandes ciudades de la península en pocos días, pero experimentaron gran resistencia, sobre todo en Madrid y Barcelona. Por eso, el general Franco necesitaba contar con la ayuda de las tropas de élite de Marruecos en la península. Sin embargo, éstas estaban bloqueadas por la Armada republicana. Para solventar este problema, Franco logró crear probablemente el primer «puente aéreo» de la Historia, al principio, con aviones del protectorado, a los que posteriormente se sumaron las ayudas de Alemania e Italia.

A partir de allí, la península quedó dividida en dos partes: la zona Republicana y la zona Nacional, dando lugar a una lucha que duró tres años. El mensaje de Franco fue claro: «Nuestra finalidad al fomentar esta insurrección es la de salvar a la Europa occidental de la amenaza del comunismo ruso» (Sevillano Carbajal, 1969: 16). Una vez descartada la posibilidad de tomar por asalto la capital, desde abril de 1937 Franco se embarcó en una estrategia de debilitamiento progresivo de la resistencia republicana.

El 21 de septiembre de 1936 Franco fue elegido «Generalísimo» de todas las fuerzas armadas y en octubre *La Gaceta Regional* de Salamanca informó de que el dictador pronto se convertiría en «Caudillo de España», término que englobaba las funciones tanto militares como políticas del líder. Las ideas comunes de todas las derechas conservadoras participantes en el levantamiento –con independencia de su programa político–, se pueden resumir en tres puntos: un fuerte nacionalismo español (muy opuesto a la descentralización autonomista), el catolicismo (con la idea de la cruzada) y el anticomunismo (Moradiellos, 2016: 119).

Los nacionales consiguieron movilizar cerca de 1.260.000 hombres, cifra que fue posible gracias a la sublevación de gran parte del ejército no leal al gobierno. Los republicanos no contaron con una organización, experiencia y disciplina suficientes, por lo que se consideró necesario crear el Ejército Popular de la República, que contó con un total de 1.700.000 hombres (Moradiellos, 2016).

Al acabar la guerra, habían fallecido entre 651.000 y 735.000 personas, contando los muertos directos, los de retaguardia y aquellos que perdieron sus vidas por enfermedades, hambrunas y privaciones, según el cálculo de Fuentes Quintana, Martín Aceña y Sánchez Asián. La economía también se vio severamente afectada. Joan R. Rocés calcula que «el coste total de guerra equivale a algo más del producto interior bruto del año 1935» (Rocés *apud* Moradiellos, 2016: 282).

La guerra Civil dio lugar a la propagación de mitos, identificándose como algo heroico o como algo que hay que olvidar. Pero la guerra como acto heroico fue el primero en cristalizar: en el caso franquista, se trataba de un combate entre una España católica y una anti-España, mientras que en el caso republicano se puede identificar más bien una dimensión política-ideológica donde existía una lucha entre los proletarios y los burgueses, entre los demócratas antifascistas y los reaccionarios fascistas. A partir de los años 60, cuando la situación económica del país había mejorado, y los hijos de los combatientes directos en la guerra habían crecido, a la narrativa de los dos Españas se unió el lamento por una «locura trágica», «matanza fratricida» y, en general, «locura» que nunca debía haber ocurrido (Moradiellos, 2016).

¿Qué fue, por tanto, lo que causó la guerra y el fin de la II República? Según el historiador Hugh Thomas, la República cayó por las mismas razones que habían hundido a la dictadura y a la monarquía de la Restauración: «la incapacidad de los políticos de entonces para resolver los problemas del país dentro de un marco generalmente aceptable, y, por otra parte, la voluntad de algunos –respaldada por la tradición– de someter las cuestiones a la prueba de la fuerza» (1976: 385).

### 3. EL CARÁCTER INTERNACIONAL DE LA GUERRA

Hasta ahora se ha visto cómo se desarrolló el conflicto español siguiendo las causas internas, pero a continuación se analizará la repercusión internacional de la guerra.

#### 3.1 LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA COMO CONFLICTO INTERNACIONAL

El 19 de julio, tanto los franquistas como los republicanos pusieron en marcha sus programas diplomáticos para conseguir apoyo militar desde el extranjero, ya que en España no existían medios bélicos para llevar a cabo una contienda de tales dimensiones. A pesar de un futuro Acuerdo de No Intervención, ambos bandos recibieron ayuda militar extranjera, que generó la escalada de internacionalización de la contienda española. Los sublevados contaron con el apoyo de Alemania, Italia y Portugal, mientras que la República dependía de la Unión Soviética, y en menor medida de México y de Francia.

El historiador Enrique Moradiellos (2016) identifica dos fenómenos por los cuales la GCE se convirtió en un foco de atención mundial. Uno de ellos es la analogía que

existía entre la situación española y la escalada de tensión en Europa. Los problemas que enfrentaba Europa en la época de entreguerra, de 1919 a 1939, eran muy similares a la coyuntura española. El enfrentamiento de los dos bandos españoles –una República reformista-revolucionaria y una fuerza reaccionaria de un ejército insurgente– parecía reduplicar la oposición entre un bloque democrático-occidental (la entente franco-británica) y el eje totalitarista (Alemania e Italia). Por otro lado, se puede identificar una cronología parecida entre la temporización de la guerra española y el final del armisticio de veinte años de noviembre de 1918. Estos dos factores, analogía y sincronía temporal –unidos a la intervención directa de potencias como Alemania, Italia y la Unión Soviética– condujeron a la aún mayor internacionalización de la guerra. De hecho, la solicitud de ayuda militar extranjera por ambos bandos ya supuso *de facto* la dimensión internacional de la GCE.

No solo en España, sino en toda Europa, el período de entreguerras se caracterizó por una fuerte inestabilidad sociopolítica y económica. Tras las I GM, la política de masas demandaba nuevos modelos que permitieran una mayor participación popular. Se necesitaba una integración de las clases obreras en el desarrollo industrial producido por la guerra. Además, los estados tuvieron que intervenir en la economía para solucionar el problema de la inflación, que adquirió dimensiones nunca antes vistas. Estos fueron algunos de los retos a los que tuvieron que hacer frente los países europeos y en consecuencia –como argumenta Enrique Moradiellos– aparecieron tres proyectos antagónicos que proponían soluciones para tales retos: «el proyecto reformista democrático; la alternativa reaccionaria fascista o fascistizante; y la propuesta revolucionaria» (2016: 202). Es decir, las «Tres Erres»: Reforma, Reacción, Revolución. Esto, por tanto, significaba que cada uno de los países se había decantado por una de estas tres posibilidades para hacer frente a los problemas generados por la I GM, existiendo tres frentes ideológicos. Así, «la democracia liberal disputaba la autoridad moral al socialismo revolucionario y al autoritarismo nacionalista y popular» y esto, en ocasiones, condujo a la apuesta por la dictadura: «La amenaza que esta situación planteaba al liberalismo occidental se mostró en la rápida propagación de la dictadura, a menudo por imitación, dentro y fuera de España» (Richard J. Orvey *apud* Moradiellos, 2016: 203).

Además, a partir del año 1936, el sistema de relaciones internacionales en Europa entró en una fuerte crisis que conduciría a la II GM en 1939, y cuyos orígenes residen en los resultados de la I GM (tensiones entre la coalición aliada de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos frente a Alemania, Austro-Hungría y el Imperio Otomano). Este

factor fue decisivo en la participación diplomática durante la GCE, estableciendo una rápida internacionalización de la contienda:

La guerra civil no fue causada específicamente por ninguna acción internacional, aunque es posible que no hubiera existido si las izquierdas no hubieran estado abrumadas por el temor al fascismo, y las derechas por el miedo al comunismo. Ninguna potencia extranjera tomó la iniciativa de ayudar a ninguno de los bandos. Pero las que se vieron empujadas a la intervención, de una u otra forma, después no supieron cómo zafarse (Thomas, 1967: 698-699).

Es así como la guerra española se convirtió en un campo de batalla donde las potencias extranjeras pudieron, entre otros asuntos, ensayar técnicas de guerra de cara al futuro. Por tanto, las palabras de un diplomático británico fueron muy reveladoras: «Por el momento, España tiene a su cargo el desdichado papel de constituir el reñidero de Europa» (Moradiellos, 2016: 201).

### 3.2. PROPAGANDA Y DIPLOMACIA: CONCEPTOS INTERCONECTADOS

Más adelante se verá cuáles son exactamente las definiciones de propaganda y diplomacia. Por el momento solo interesa saber que ambos instrumentos –pudiendo utilizarse al mismo tiempo– tienen por objetivo defender los intereses de los países a nivel nacional. Podría decirse que la diplomacia es la negociación de intereses entre países, y la propaganda, el respaldo comunicativo de estos intereses ante el gran público.

Desde el punto de vista de la república, la diplomacia ejercida durante la contienda española habría resultado en la defensa de los propios intereses de los países donde, además, los intereses de España no se tuvieron en cuenta. No cabe duda de que el único episodio en el que los franceses y británicos decidieron ayudar abiertamente a la República (en septiembre de 1937 cuando los submarinos italianos lanzaron ataques contra los barcos aliados de la república, poniendo en peligro la navegación en el Mediterráneo) fue también motivado por intereses propios. Actuaron en defensa de sus intereses, pero no de los de España cuando ésta lo necesitaba. Sin embargo, ¿por qué tendrían que haberse involucrado Francia y Gran Bretaña a favor de los republicanos? En condiciones normales de relaciones internacionales entre democracias, ningún país debe

de intervenir en los asuntos internos de otro país porque se tiene que respetar su soberanía nacional. Como indicó Azaña:

A pesar de que la guerra civil española se convertiría en una crisis internacional, a pesar de que ambos bandos no tardarían en acusarse el uno al otro de provocar una invasión extranjera, a pesar de que, en los solitarios valles de Aragón, resonarían gritos de ‘¡aquí no queremos extranjeros!’ como lemas de combate, y a pesar de que casi todos los extranjeros que han escrito sobre la guerra hablan de algún español, de uno u otro bando, que deseaba que los ‘extranjeros’ dejaran a los españoles librar sus propias batallas, no fueron las potencias de Europa quienes insistieron en intervenir, sino que fueron los propios españoles los que, para empezar, buscaron ayuda en el exterior (Azaña *apud* Thomas, 1976: 638-639).

Por tanto, parece que los republicanos, y muchos historiadores contemporáneos, asumieron que en estas condiciones de guerra, las demás potencias, Francia y Gran Bretaña, tenían que haber ayudado cuando en realidad nada les obligaba a hacer tal cosa. Las potencias occidentales, pensando en sus intereses, no veían cómo les podría haber beneficiado una posible ayuda: «No hay modo de entender por qué los conservadores ingleses debían simpatizar con un régimen revolucionario opuesto violenta y totalmente a sus valores y objetivos, por mucho que ese régimen insistiese en presentarse como legítimo y democrático» (Moa, 2004: 689). En el caso de Francia: «Nadie puede entender –dijo Chautemps [ministro en Francia para Blum y Delbos]– por qué vamos a arriesgarnos a una guerra para ayudar a España cuando no lo hicimos por el asunto del Rin» (Thomas, 1967: 686). De este modo, dada la negativa de las democracias, se necesitaba acudir a la propaganda para justificar la necesidad de una intervención e intentar persuadir a la opinión pública de los demás países.

Pero asumiendo el papel que desempeñaron las autocracias, Alemania e Italia, ¿fue la actitud de las democracias occidentales justificada? ¿Fue la No Intervención la mejor opción dada la situación europea y la sublevación en España? Las respuestas no son fáciles y tampoco pueden revelar mucho sobre el pasado. Pero lo que sí se puede evaluar tras hacer estas preguntas es la medida en la que la función diplomática representó el interés común e individual de los países.

El pasaje anterior de Azaña, muestra que al igual que los republicanos, los sublevados también fueron en busca de ayuda de otros países. Pero el apoyo de Hitler y

Mussolini no llegó como resultado de las mejores destrezas diplomáticas de los sublevados. Estos países, al contrario que las democracias, sí tenían intereses en intervenir en la guerra.

Es así como, en consecuencia, España estuvo sujeta a la batalla de intereses de otras potencias donde el resultado de la contienda dependía casi exclusivamente de factores ajenos a la situación española. Una vez que se desequilibró el volumen de armas y apoyo militar entre los dos bandos a favor de los sublevados, la guerra fue progresivamente ganada por éstos. Si bien la República fue muy superior en la propaganda empleada –gracias también a la ayuda que recibió de la URSS–, no supo contrarrestar la ventaja militar de Franco.

Por tanto, no es sorprendente que el historiador británico Arnold J. Toynbee se preguntara en octubre de 1938 «si la guerra en España era una contienda civil española o una guerra internacional librada en la arena española» (Toynbee *apud* Moradiellos, 2016: 18).

## 4. DIPLOMACIA

Este apartado del trabajo se centrará en el desarrollo de las relaciones diplomáticas de ambos bandos, analizando las ayudas obtenidas de las potencias europeas.

### 4.1. DEFINICIÓN DE DIPLOMACIA Y SU FUNCIÓN EN LA GUERRA

El ministerio de Asuntos Exteriores de España define la misión diplomática de la siguiente forma: «Conjunto de funcionarios que tiene encomendada de modo regular la representación del Estado y la protección de los nacionales en el exterior, ejecutando la política internacional determinada por las instancias a las que constitucionalmente corresponda» (MAEC, 2021). Por tanto, se entiende que la diplomacia y los diplomáticos tienen que defender los intereses de los países que representan. Aun así, también se tienen que promover buenas relaciones con los demás estados, como revela el siguiente pasaje:

El fin último de la diplomacia es la búsqueda de la paz en sus dimensiones regional y mundial. La representación de un Estado ante otro, el servicio de sus intereses, la negociación, deben ser realizados con miras a alcanzar ese gran objetivo, donde se funden en uno sólo todo los esfuerzos de la diplomacia mundial (Jara Roncati, 1989: 15).

Sin embargo, ese «gran objetivo» puede derrumbarse fácilmente en el caso de las potencias autoritarias, encabezadas por dictadores. En el caso de Hitler y Mussolini –que no se dejaron llevar por los consejos de sus diplomáticos–, el «gran objetivo» no era precisamente garantizar la paz mundial o, si lo era, en base a sus propio términos de «paz». Además, en el caso español, durante la sublevación, «se ha estimado que sólo el 10% del cuerpo diplomático permaneció fiel al gobierno» (Pizarroso Quintero, 2001: 63). Dadas estas condiciones, era muy difícil que los objetivos diplomáticos se cumplieran y que se respetaran por todos los países europeos. El enfrentamiento ya no se pudo evitar, pese a diversos intentos como, por ejemplo, el Acuerdo de No Intervención, que demuestra las limitaciones de los mecanismos diplomáticos y del derecho internacional.

#### 4.2. EL ACUERDO DE NO INTERVENCIÓN

Tras haber descubierto la ayuda militar italo-germana a los sublevados el 30 de julio (dos aviones italianos aterrizaron por error en Algeria), el gobierno francés propuso la puesta en marcha de un mecanismo para garantizar la paz internacional y frenar la expansión de la revolución en Europa. Es así como nació el Acuerdo de No Intervención, firmado por 27 países. Se designó un Comité de No Intervención para controlar que todos los países cumplieran con el acuerdo. La primera reunión del Comité tuvo lugar el 9 de septiembre (en el Foreign Office de Londres) y se esperaba que tuviese el mismo éxito que el comité de embajadores en la guerra de los Balcanes.

Sin embargo, este pacto, fue una farsa. La No Intervención no fue un tratado jurídico de obligado cumplimiento, por lo que los países firmantes actuaron como si no existiese tal acuerdo. Hasta la propia Francia, artífice del pacto, seguía enviando armas y aviones (es difícil de determinar el número exacto de aeronaves enviadas, pero se cree que «entre el 9 de agosto y el 14 de octubre [de 1936] llegaron a España 56 aviones procedentes del aeródromo de la Air France» [Pike *apud* Thomas, 1967: 772]). Aunque el papel de Francia como artífice del pacto fue algo debatido entre los historiadores. Se ha argumentado que el miedo a ofender a Inglaterra fue el motivo del gobierno de Francia para ofrecer esta iniciativa, viéndose presionado por los británicos (Thomas, 1967).

Aun así, hay historiadores que argumentan que Francia e Inglaterra realmente querían la paz en Europa: «Ambos personajes [diplomáticos de Francia y Gran Bretaña] podemos decir, sin ambages ni rodeos, que fueron los artífices de la paz en Europa»

(Sevillano Carbajal, 1969: 18-19). Sin embargo, si fueron los artífices de la paz, esto venía respaldado por intereses propios, como argumenta Kowalsky:

Blum's government in Paris, though a kindred Popular Front coalition, sensibly feared that the armed Iberian struggle between left and right could spill over into France. Baldwin's National government in Britain, meanwhile, though hardly concerned over the threat of civil war, was far from sympathetic to the plight of a regime it had long regarded as 'red' (2004: 3).

Por otro lado, la adhesión de Italia, Alemania y Portugal servían solo para relajar la tensión internacional y no forzar una reacción anglo-francesa, pero no tenían intención de respetar el compromiso de embargo de armas (Moradiellos, 2016).

De esta manera, el Acuerdo de No Intervención había perjudicado (al inicio más) a la República, puesto que «vetaba el acceso del gobierno legítimo a los mercados de armamento exteriores pero no conseguía frenar los suministros italo-germanos a los rebeldes» (Moradiellos, 2016: 176). Así, se habían generado condiciones favorables para los militares insurgentes y desfavorables para la capacidad defensiva de los republicanos. Pero aquí cabría preguntarse, ¿cuánta legitimidad había quedado de la II República en 1936? ¿Seguía siendo la República un gobierno realmente legítimo? Si por consenso del derecho internacional un país está en plena facultad para comprar armas pero no lo está un ejército rebelde, en el caso español habría que analizar en qué medida se respetó el estado de derecho por los republicanos.

Por consiguiente, cuando Franco ya contaba con el apoyo de Alemania, Italia y Portugal (tanto en el aspecto militar como diplomático), la República solo contaba «oficialmente» con el apoyo de México, donde el gobierno de Lázaro Cárdenas facilitó apoyo militar y diplomático para la República: «El presidente Cárdenas anunció en septiembre que había enviado 20.000 fusiles de 7 mm y 20 millones de cartuchos al gobierno español» (Thomas, 1967: 738).

Tras ver que los insurgentes no podían tomar Madrid, la actitud de la URSS también cambió. Al principio, la URSS apoyó el Comité de no Intervención porque no quería provocar una perturbación mundial que pudiese alejarla de Gran Bretaña y de Francia, y mucho menos que éstas potencia se acercaran a Alemania e Italia por el temor a una nueva revolución por Europa (Preston, 2020). Pero la URSS nunca descartó la idea de prestar ayuda militar, como dijo el comisario soviético de Asuntos Exteriores, Maxim

Litvinov: «si se constatará y demostrara que, contrariamente a las declaraciones de No Intervención, se presta ayuda a los sublevados, podemos modificar nuestra decisión» (Litvinov *apud* Moradiellos, 2016: 225). Esa posición, efectivamente, cambió una vez comprobado el fracaso del acuerdo de No Intervención por los italo-germanos. A partir de octubre de 1936 Stalin apoyó abiertamente la causa republicana y proporcionó armas y asesores militares.

En consecuencia, se ve que todos los países involucrados en la GCE jugaron un doble juego: querían complacer a los demás por adherirse al tratado de No Intervención, sabiendo que no iban a cumplir con el compromiso, testificando así la gran hipocresía que caracterizó las relaciones internacionales durante la contienda.

La broma que hizo el embajador de Alemania Ribbentrop (que asumió el cargo a partir del 30 de octubre), parecía que no estaba tan lejos de la realidad: «mejor que llamarse comité de no intervención, podría haberse llamado ‘comité de intervención’» (Ribbentrop *apud* Thomas, 1967: 747).

#### 4.3. EL BANDO NACIONAL: AYUDA EXTRANJERA MILITAR Y PROPAGANDÍSTICA

En el bando nacional, los sublevados recibieron ayuda a crédito de Alemania e Italia para la compra de armas, mientras que la República disponía del oro del Banco de España. Como se ha visto, el acuerdo de No Intervención favoreció más a los insurgentes, aunque después de la intervención de la URSS los dos bandos tenían proporciones similares; pero este equilibrio comenzó a decantarse progresivamente a favor de los rebeldes tras la reactivación de las ayudas italo-germánicas que la Unión Soviética ya no supo compensar. Además de la ayuda militar y propagandística, Italia y Alemania facilitaron ayuda de inteligencia a Franco, creando en diciembre de 1936 «un código común para las tres marinas que se denominó DEI (Deutschland-Italia-España)» (Ros Agudo, 2016: 10).

##### 4.3.1. ALEMANIA

La primera petición de ayuda del general Franco no fue aceptada por las autoridades cautelosas en Alemania. Sin embargo, tras la entrevista personal entre Hitler

y dos empresarios nazis de Marruecos, se pactó hacer un envío de «veinte aviones de transporte (Junker 52) y seis cazas (Heinkel 51) con su correspondiente tripulación y equipo técnico» (Moradiellos, 2016: 213). El interés de Hitler en ayudar a la causa sublevada venía motivada por causas político-estratégicas: una victoria de los sublevados podía privar a Francia de un aliado, pero en cambio, en caso de una victoria republicana, España se podría haber acercado a la URSS y a Francia. Además, desde un punto de vista político, la ayuda prestada podía presentarse como una mera reacción anticomunista. Por su puesto, más allá de estas motivaciones, aparecieron otras razones por las cuales valía la pena proporcionar ayuda a España como, por ejemplo, el hecho de mantener el suministro de los minerales necesarios para el rearme acelerado en Alemania.

Pero muchos historiadores parecen compartir la idea de que Hitler no estaba interesado en absoluto en la batalla ideológica de España. El Führer estaba deseando realizar una expansión geográfica hacia el suroeste, en Austria, Checoslovaquia, Bohemia y Moravia, pero en su *Mein Kampf* no habla de la península ibérica como un territorio importante para sus aspiraciones territoriales. De lo que sí se dio cuenta es de que el conflicto español podía servir como una distracción de la atención internacional de sus actividades en Europa central (Payne, 2019). Además, en cuanto a su relación con Franco, Hitler criticó la falta de carácter verdaderamente «reaccionario» del Generalísimo y llegó a afirmar que esto «provocaría otra guerra y, cuando tal cosa pasara [...] no dudaría en ponerse, esta vez, al lado de los ‘rojos’» (Payne, 2019: 367).

En el caso alemán, las operaciones diplomáticas se llevaron a cabo, en su mayoría, por el propio Führer –que sin tener en cuenta la cautela o la prudencia de sus consejeros–, tomó decisiones rápidas. Aunque estas operaciones fueron exitosas al inicio, causaron escepticismo entre los diplomáticos de carrera y los generales del ejército también (Thomas, 1967).

Claramente, Alemania –al igual que las otras potencias– estaba pendiente del apoyo de los demás países. Así, para compensar la ayuda militar de la URSS que se mandó a la República, a finales de octubre de 1936, Hitler decidió enviar una unidad aérea, la «Legión Condor», en apoyo de la causa nacionalista. Esta unidad de 19.000 efectivos alemanes en total –de los cuales solo 5.600 estuvieron presente en un mismo momento– participó en casi todas las operaciones durante la contienda (Moradiellos, 2016: 231).

En cuanto a la ayuda propagandística, Alemania quiso mantener una imagen de «apaciguamiento» de cara a las demás potencias: es por eso que cuando el *Düsseldorf*

*Nachrichten* publicó un artículo alarmista titulado «Oeuvre declara: ejércitos alemanes ante Madrid», los periodistas artífices de la noticia y el director fueron detenidos. Aun así, en calidad de consul general, Willi Köhn, estableció en Salamanca una *Oficina de Prensa de la Embajada Alemana* que pronto contaría con una plantilla de treinta a cuarenta personas con el objetivo de patrocinar los intereses nacionalistas de Alemania y España (Pizarroso Quintero, 2001).

Los franquistas tenían a su disposición agencias de colaboración para facilitar el trabajo propagandístico, como por ejemplo el WTB (*Wolff'sches Telegraphisches Bureau*) y el TU (*Telegraph Union*) que después se fusionaron en el DNB (*Deutsches Nachrichtenhureau*) (Schuilze Schneider, 1999). La producción de películas alemanas propagandísticas –mucho menor que en el caso de Italia y de la URSS– se centró sobre todo en el anticomunismo, como por ejemplo en *Geissel der welt* [*Rehenes del mundo*] (1936), *Kameraden auf see* [*Camaradas en el mar*] (1938) o *Deutsche freiwillige in Spanien* [*Voluntarios alemanes en España*] (1939).

#### 4.3.2. ITALIA

Las relaciones amistosas entre la Italia y España de derechas remontan a la dictadura de Primo de Rivera, coincidiendo con los primeros años del fascismo italiano. Se firmó un tratado de amistad entre las dos potencias en 1926, pero más adelante el Duce se quiso dissociar de la dictadura de Primo de Rivera y mantener buenas relaciones con la República. Además, para el año 1935 Italia consiguió tener buenas relaciones con Francia también y no tenía intenciones de verse involucrada en el conflicto español.

Como señaló el ministro de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano –yerno de Mussolini–, el Duce «había accedido de muy mala gana a prestar apoyo militar a Franco» (Thomas, 1967: 678). Como Hitler, Mussolini tampoco consideró que Franco fuese un buen líder, hecho que Ciano describió así en su diario: «Franco no tiene ninguna síntesis en la guerra. [...]. Este hombre no sabe o no quiere hacer la guerra. Los rojos son combatientes, Franco no» (1996; 164). Pero a pesar de la duda inicial, y gracias a las dotes persuasivas de la diplomacia, Mussolini cambió de idea para poder conseguir sus aspiraciones estratégicas. Ayudando a España, consiguió acercarse a Hitler también, y tras la petición de los nacionalistas, «Italia se dispuso a enviar doce bombarderos Savoia 81 a Marruecos» (Thomas, 1967: 669). Así, España se ofrecía como buen aliado en el Mediterráneo, además de que una victoria sublevada podía debilitar a Francia y a Gran

Bretaña. En cambio, en caso de unos resultados favorables para la República, España se mostraría hostil a sus designios.

Pese a haber firmado el acuerdo de No Intervención, Italia también continuó suministrando material bélico que habría aumentado a medida que la República iba recibiendo ayuda de la Unión Soviética, enviando el «Corpo di Truppe Volontarie» cuyo número total de voluntarios ascendió a 79.000 hombres si se cuenta también los 6.000 miembros de la «Aviación Legionaria» (Moradiellos, 2016).

Una vez reconocido el gobierno sublevado en noviembre, el 8 de diciembre de 1936, se creó en el *Ministerio degli Affari Esteri*, una oficina especial denominada *Ufficio Spagna* dirigida por Luca Pietromarchi para proporcionar información radiofónica y de prensa que provenía de la *Missione Militare Italiana in Spagna*, con base en Salamanca, constituida en noviembre de 1937 (Pizarroso Quintero, 2001). En las relaciones entre Italia y España no faltaron las fricciones, como lo demuestra la producción de la película propagandística, *Amanecer en España*, que no llegó a exhibirse en España rechazado por la censura franquista por «minusvalorar las grandes figuras del bando franquista español, magnificando la intervención italiana» (Pizarroso Quintero, 2001: 73). Otra película, como *Sulle soglie di Madrid la Dolorosa* (1937), provocó una férrea resistencia republicana, que impidió su exhibición (Crusells, 1998).

#### 4.3.3. PORTUGAL

La dictadura de Salazar, por su parte, también se mostró favorable a ayudar al levantamiento militar, temiendo, de lo contrario, una amenaza a la estabilidad del *Estado Novo* y facilitando así armas, voluntarios y servicio de propaganda. La ayuda militar que el gobierno portugués pudo proporcionar fue poca. Sin embargo, gran parte de la ayuda alemana llegó a través de Portugal. Aún así, el objetivo del líder portugués fue claro: iba a apoyar a los rebeldes con todos sus medios posibles, hasta con la intervención del ejército portugués (Thomas, 1967).

Si Alemania e Italia fueron los aliados más importantes de Franco en el aspecto militar, Portugal sería su más fiel apoyo propagandístico. Es especialmente interesante la contribución portuguesa a la causa sublevada a través de dos emisoras de radio *Emissora Nacional* (EN) y *Rádio Club Português* (RCP), que «fueron auténticas trincheras de combate en la lucha propagandística» (Pena Rodríguez, 2011: 3). La RCP, que contaba con una gran popularidad, se convirtió en el «alimento espiritual» de muchos portugueses

y españoles. El entonces embajador norteamericano en España, Claude G. Bowers, afirmó que dejó de sintonizar esta radio, ya que entre los que escuchaba, «el locutor de Lisboa era el más fértil y desvergonzado en sus invenciones» (Bowers *apud* Pena Rodríguez, 2011: 7).

Pero más allá de representar los intereses de los facciosos en Portugal y en España, la intervención portuguesa tuvo como objetivo influir en la opinión pública extranjera y presionar a los diplomáticos para que permanecieran leales a la causa sublevada. La estrategia de la RCP se basó en generar confusión, de tal envergadura que hasta los propios Republicanos tampoco supieran qué era verdad y qué no de su discurso. Muchas informaciones que fueron negativas o desventajosas para los sublevados, fueron desmentidas por los periódicos portugueses. Así, mientras que los medios de otros países –que criticaban la diplomacia portuguesa por intervenir en la ayuda a los sublevados– fueron atacados por la prensa portuguesa, éstos aplaudían la adhesión de Portugal al Comité de Londres (Pena Rodríguez, 2013). Por tanto, constituyendo una «guerra de éter», el gobierno de Salazar se convirtió en uno de los aliados más importantes de Franco, ejerciendo resistencia desde Lisboa con una proyección internacional.

#### 4.4. EL BANDO REPUBLICANO: AYUDA EXTRANJERA MILITAR Y PROPAGANDÍSTICA

La mayor ayuda que la República recibió fue de la URSS, aunque interesa también analizar los casos de Francia e Inglaterra.

##### 4.4.1. LA URSS

En cuanto a los intereses geopolíticos de Stalin, sus intereses fueron claros. Puesto que intentó establecer buenas relaciones con Francia –hecho que justificó también su adhesión al Acuerdo de No Intervención–, le interesaba una victoria republicana. De lo contrario, Francia se podría haber encontrado rodeada por países potencialmente hostiles, y así, habría sido más fácil para Alemania atacar a Rusia –ya que el Führer no se habría preocupado por una posible agresión francesa.

Sin embargo, el apoyo de la URSS al bando izquierdista es uno de los aspectos más controvertidos de la GCE. ¿Quiso Stalin convertir España en un satélite de la Unión

Soviética a través de las Brigadas Internacionales y el «Oro de Moscú» o, al contrario, no estaba interesado absolutamente en tal cosa? El debate sigue siendo muy vivo entre los historiadores, existiendo grandes diferencias entre los distintos puntos de vista. En este apartado se intentarán evaluar las cuestiones más importantes del debate, sin llegar a defender ni una postura ni otra.

La ayuda soviética consistió, principalmente, en el envío directo de material bélico, así como en la formación de Brigadas Internacionales. Así, la URSS pudo poner a prueba la viabilidad de una posible colaboración con las democracias europeas ante el peligro de una expansión nazi. Visto que los españoles no eran propicios al comunismo: «Terminantemente, [Stalin] reitera que aquí no persiguen ningún propósito político especial» (Moradiellos, 2016: 226).

Así, después de haber empezado a apoyar abiertamente la causa republicana, el 6 de Octubre de 1936, a propuesta de Largo Caballero, el gobierno republicano decidió remitir a Moscú tres cuartas partes de las reservas auríferas (510 toneladas) para pagar los gastos de la guerra. Con esto, las autoridades republicanas fueron capaces de generar «un volumen de 744 millones de dólares» que sería «un cifra cercana al gasto del enemigo con el mismo fin, pero obtenida mediante el recurso del crédito ítalo-germano (entre 687 y 719 millones de dólares)» (Moradiellos, 2016: 177). Este trato estrechó la relación entre la República y la Unión Soviética y sirvió para comprar todo tipo de material bélico, pero también otros gastos generados por la guerra.

Según Moradiellos, el intercambio, conocido como el «Oro de Moscú» por la propaganda franquista, no supuso, por tanto, el robo de las reservas de oro sin recibir contrapartida alguna, como se ha intentado demostrar por parte de los sublevados. Además, el resto de oro que se vendió a Francia no fue objeto de tal propaganda por motivos de interés político (Moradiellos, 2016). Sin embargo, el historiador Moa cuestiona fuertemente esta postura, argumentando que al entregar las reservas de oro, el Frente Popular se convirtió directamente en un *satélite* para Stalin, que controlaba además el Partido Comunista Español (Moa, 2004). Esta postura de Moa puede ser cuestionada – tratándose, sobre todo, de un autor afín a la ideas de la extrema derecha– ya que a pesar de haber existido una «estrecha relación» entre la República y la URSS por el evidente apoyo militar, es difícil de pensar cómo iba a ejecutar Stalin un control tan «directo» en los extremos del Mediterráneo, sabiendo, además, que España no era propensa al comunismo. Como ha defendido Thomas Hugh (1967), la República seguramente habría cortado las relaciones con Moscú si hubiera podido conseguir armas de otras potencias.

El envío de material bélico desde la Unión Soviética requirió un enorme esfuerzo debido a la lejanía geográfica. Los envíos, por el Mediterráneo podían ser bloqueados fácilmente por la marina franquista o por la flota italiana. Desde el Ártico y a través del Atlántico se necesitaba desembarcar el material en Francia y esperar la decisión de las autoridades francesas para el tránsito. Esto había provocado problemas en la defensa republicana. Para compensar esta debilidad se intentaron llevar a cabo operaciones de sorpresa.

En cuanto a la ayuda militar, uno de los fenómenos más interesantes fue la creación de las Brigadas Internacionales, un equipo de combate al que se alistaron voluntarios de más de 50 nacionalidades, sumando en total unos 35.000-40.000 brigadistas (Moradiellos, 2016; Thomas, 1967).

Si para los republicanos la presencia de los brigadistas en los frentes españoles evidenció que la defensa de su causa trascendía las concreciones del contexto nacional y adquiría una dimensión de hermandad social e ideológica internacional vinculada al antifascismo, para los sublevados sirvió para denigrar a sus enemigos al presentarlos sometidos a poderes extranjeros y, al mismo tiempo e ignorando voluntariamente el apoyo de Alemania e Italia del que ellos disfrutaron, como miembros de un ejército incapaz que tenía que recurrir a la ayuda foránea para afrontar la guerra (Sánchez Zapatero, 2021: 230).

De esta manera, en la iconografía republicana, los brigadistas solían representarse como héroes que recorrieron miles de kilómetros para luchar por sus ideales –forjando así un sentimiento de hermandad entre ellos y universalismo–, mientras que los sublevados los demonizaban y los presentaban como «seres sangrientos» y criminales. La imagen y la representación de los brigadistas ha ido evolucionando a lo largo del tiempo y en la actualidad, más que demonización, lo que pervive es una combinación de idealismo, compromiso y ardor guerrero que representa más fielmente la realidad que el mito extendido durante y después de la guerra (Sánchez Zapatero, 2021).

Lo cuestionable sobre las Brigadas Internacionales es si realmente aportaron algo en sentido militar. Parece que aparte de la propaganda republicana que quiso mitificar la lucha de los brigadistas, los mismos combatientes sabían que su presencia era más importante en el plano ideológico que en el militar. Proyectar hacia el extranjero un mensaje de lucha contra el antifascismo –no solo en España sino en toda Europa– ayudó

a legitimizar las posiciones republicanas en la contienda española. Como escribió un italiano en el exilio, Emilio Lussu: «Más importante era para nosotros ir a combatir en España que para la República el recibir nuestra ayuda» (Lussu *apud* Thomas, 1967: 848).

En cuanto a la propaganda, la Unión Soviética fortaleció el trabajo en las embajadas y los consulados donde ejerció un control de los corresponsales de prensa – como lo hicieron las potencias que secundaban los sublevados–, y se enviaron diariamente a Moscú resúmenes de los boletines españoles. De esta manera, los embajadores tuvieron una función crucial, ya que actuaron como una especie de periodistas y propagandistas entre el gobierno español y el Komintern. Entre los corresponsales vale la pena destacar a Ehrenburg, enviado de *Izvestia* [diario oficial de la URSS], que no solo publicó crónicas, sino varios libros sobre la GCE en la Unión Soviética y Mijail Koltzov que tuvo un papel importante en la propaganda radiofónica en España, aunque terminaría en la purgas estalinistas (Pizarroso Quintero, 2001).

Además, España también recibió ayuda cinematográfica a través de la productora *Soiuzkinocronika* –productora oficial de los noticieros de la URSS. Se realizaron noticieros, documentales y películas para distribuirlos en otros países como, por ejemplo, *In Defence of Madrid* (1936). El material que se grabó en tierra española durante la guerra por esta productora sirvió, más tarde, para la elaboración del gran documental soviético sobre la GCE, *Ispanija*, producido por «Mosfilm» y estrenado el 20 de agosto de 1939 (Pizarroso Quintero, 2001).

Por tanto, se puede afirmar que la ayuda propagandística de la URSS no fue unilateral, sino que consistió en un trabajo recíproco con la República donde se propagaron mutuamente los intereses.

#### 4.4.2. INGLATERRA

El gobierno conservador de Stanley Baldwin en Gran Bretaña había considerado la contienda española una amenaza para su «política de apaciguamiento» contra la Alemania nazi y la Italia fascista. El término «política de apaciguamiento» significa hacer concesiones políticas, materiales o territoriales a una potencia agresiva para evitar conflictos. Esto fue la política de Gran Bretaña en el caso de la GCE –que más tarde será la de Francia también– por lo que no sancionó a ninguno de los países que prestaron apoyo a los bandos enfrentados.

Más allá de eso, las motivaciones del gobierno británico para no entrar en la guerra de España residieron en el interés de mantener la guerra solo dentro de España y frenar el apoyo de Francia a favor de la República para evitar un alineamiento con la URSS. Mantener la URSS fuera de Europa Occidental fue vital para Gran Bretaña, puesto que no podía permitir que una revolución roja pusiese en peligro el equilibrio internacional. Si Francia se acercaba a la URSS, Alemania e Italia podían pensar que se estaba gestando un enfrentamiento contra ellos. Así, el papel de Inglaterra fue crucial en impedir la ayuda francesa a favor de los republicanos.

Los oficiales británicos, sin embargo, cometieron el fallo de no analizar bien las causas de la GCE y temer lo que en un principio creían ser la mayor amenaza: una revolución roja. No consideraron que el partido anarquista probablemente no habría permitido una dictadura del proletariado y que el apoyo de la URSS difícilmente podía haber convertido a España en un país fuertemente comunista.

Pero no solo los oficiales sino también la opinión pública británica se mostró contraria a la ideología de la república española. Los ingleses consideraron que España era un país exótico, tierra de la Inquisición, de las historias de aventura y novelas históricas; los noticieros anteriores a la guerra mostraron a España como un país cruel y violento, enseñando –de manera sensacionalista– escenas de disturbios en la calles y la quema de conventos como en *A graphic story of bloodshed and violence in the one-time lazy South* y *The land of smiling tomorrow is grim today* (Alpert, 2004).

Desde el punto de vista de la propaganda, *The Times* en Gran Bretaña apoyó completamente la no-intervención. Esta cabecera, junto con el *Daily Telegraph*, intentaron ser imparciales. El *Morning Post* –describiendo a los rebeldes como «the gallant defenders»–, y el *Observer* fueron algunos de los periódicos que defendieron la causa nacionalista (Pastor García y González de la Aleja, 2021). Por otro lado, el *Daily Worker*, el *Daily Herald*, el *News Chronicle* y el *Manchester Guardian* fueron grandes protectores de los valores republicanos que criticaron la «política de apaciguamiento» del gobierno *tory* y las atrocidades cometidas por los nacionalistas (Thomas, 1976). Además, a pesar de la adhesión a la No Intervención de los noticieros gubernamentales, la producción independiente denunció el levantamiento militar, como por ejemplo en el caso del *Progressive Film Institute*, que realizó *The Defense of Madrid* (1936).

#### 4.4.3. FRANCIA

Francia, por su parte, que solo recientemente había formado un gobierno bajo la presidencia del socialista Léon Blum, aceptó la petición de ayuda de la República el 21 de julio de 1936. Blum estaba interesado en mantener buenas relaciones con España para garantizar la tranquilidad en la frontera pirenaica y facilitar el tránsito entre Francia y sus colonias norteafricanas (donde tenía un tercio de su ejército [Moradiellos, 2016]). A pesar de que Blum se enfrentó con la estricta neutralidad de Gran Bretaña, aceptó el envío de armas para España en virtud del acuerdo comercial que existía entre las dos potencias desde 1935. Pero tanto las presiones externas por parte de Inglaterra, como las internas por parte de los grupos de derecha, hicieron que el jefe del gobierno francés se encontrara envuelto en un fuego cruzado de intereses.

Por un lado, los socialistas y comunistas franceses apoyaron la ayuda, pero las derechas y la opinión pública católica se mostró muy reticente a cualquier tipo de ayuda, temerosas de un posible contagio revolucionario y una guerra europea. Los franceses que más relación tenían con España fueron los empresarios que invertían grandes capitales en el país vecino. Pero éstos –de ideología más derechista– también vieron un peligro revolucionario en la República. Aunque Blum simpatizaba con la causa republicana, su gobierno era una coalición, y además, como jefe de gobierno, tenía que representar a su país, no solo a sus votantes.

Por otro lado, la «política de apaciguamiento» de Inglaterra ejerció presión sobre Francia ya que si ésta intervenía en la guerra española, se quedaba sin aliado en caso de un ataque nazi. Blum, temeroso de quedarse aislado y de provocar un guerra europea con su intervención, pensó que la mejor manera para evitar la guerra sería si ningún país interviniera a favor de los bandos para que lucharan con sus propios recursos.

Así, el gobierno Francés, presionado por la división interna de opiniones y la decisión de Gran Bretaña, tan solo cuatro días después de su promesa, canceló el envío de cualquier tipo de armas para la República. Esta decisión, no fue fácil de tomar para Blum que estaba a punto de dimitir, pero sus consejeros le convencieron de que no lo hiciera. Tras ver que el Acuerdo de No Intervención no se respetó por muchos países, la No Intervención francesa se convirtió en una *Non-Intervention Relâchée* ya que oficialmente no vendió armas para España pero permitió que los aviones sobrevolaran su territorio en la frontera catalana y ayudó a los aviones republicanos en los aeropuertos franceses.

Además, la decisión del gobierno francés tampoco frenó que en la embajada de París, no se ofrecieran personas de todas las nacionalidades para vender armas en secreto

a los republicanos (Thomas, 1967). También se crearon organizaciones –en principio humanitarias pero en realidad controladas por los comunistas–, entre ellas el *Comité International de l'Aide au Peuple Espagnol* en Francia para reunir fondos de ayuda.

En cuanto a la propaganda, el periódico *Le Temps* y su sección *Bulletin journal* – intentando mantener una posición objetiva de los hechos– empezó a cuestionarse las informaciones que llegaban desde Madrid, donde se había establecido una fuerte censura que se podía deducir al contraponer sus contenido con las informaciones de los que llegaron de Gibraltar, Londres y otros países (Sevillano Carbajal, 1969). La opinión pública en Francia estaba apasionada por la causa republicana –más que en Gran Bretaña–, si bien muchos de los intelectuales eran conservadores y «consideraban a España como el único país donde se estaba resistiendo al comunismo» (Thomas, 1967: 662). El principal argumento con el que se intentó justificar la intervención francesa a favor de la República fue la seguridad nacional –en revistas como *L'Humanité*, *Ce Soir* o *Europe*–, aludiendo a que se necesitaba ayudar al país vecino para frenar el alineamiento con Hitler y Mussolini. Las películas francesas que apoyaron la causa republicana fueron producidas por personas y organismos progresistas, como *S.O.S Espagne* (1938) o *Les métaux* (1938).

## 5. PROPAGANDA

A partir del comienzo de la guerra, los servicios de comunicación empezaron a informar a sus lectores tanto en España como en los distintos países sobre el desenvolvimiento de la guerra. Es aquí donde empiezan a cobrar importancia los intereses diplomáticos– que son, a su vez, respaldados por intereses políticos, y éstos, por ideológicos– y los de la propaganda para dirigir la opinión pública.

Los métodos de propaganda fueron diversos y abordaron ámbitos como la cinematografía, la literatura, los noticieros, la radio y, sobre todo, los carteles, muy típicos de esta época. En el bando sublevado la presencia de la propaganda fue menor, dada su ventaja militar. Mientras que los republicanos se interesaron en conseguir unos resultados inmediatos, la propaganda franquista fue prospectiva. Este hecho también se justifica por el factor decisivo de las ocupaciones y la división del país en dos zonas: las izquierdas tuvieron a su alcance los recursos y medios para ejercer una función propagandística –

sobre todo en Madrid y Barcelona–, en tanto que la Falange tuvo que depender más de la ayuda extranjera que recibiera de Italia y Alemania.

## 5.1. DEFINICIÓN DE PROPAGANDA Y SU FUNCIÓN EN LA GUERRA

En 1938, Violet Edwards propuso la siguiente definición de propaganda: «Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para unos fines predeterminados y por medio de manipulaciones psicológicas» (Edwards *apud* Veliz, 2012: 3). Este fenómeno de persuasión, sin embargo, no es algo nuevo que haya aparecido en el siglo XX. Se podría decir que cualquier forma de comunicación humana es, hasta cierto punto, una forma de propaganda mediante la cual el emisor pretende conseguir un objetivo en el receptor:

La persuasión como fenómeno comunicativo es inherente al hombre desde el momento en que éste es tal. Pero la propaganda no existe sino en un medio social complejo. El fenómeno de la propaganda es inherente también a la organización estatal. Estado y propaganda son inseparables. La propaganda es, pues, propaganda política, civil, estatal, o contrapropaganda (Pizarroso Quintero, 1999: 146).

Esto, por tanto, no es algo que siempre sea negativo, pero en el momento que la persuasión es utilizada para fines bélicos, llega a convertirse en un arma que puede costar la vida de las personas. La propaganda de guerra, en realidad, aplica las mismas técnicas de propaganda general pero para fines bélicos, de tal modo que puede convertirse en un arma más eficaz que otras armas de guerra (Pizarroso Quintero, 2006). Su eficacia reside en la manipulación emocional. Para que las personas puedan afrontar los horrores de una guerra se necesita ejercer un control emocional tan fuerte como para que los intereses de los emisores se conviertan, subconscientemente, en los intereses del receptor.

Puesto que en una guerra se intenta persuadir al mayor número de personas, la propaganda de guerra se convierte *de facto* en una propaganda de masas. Este factor es muy importante, puesto que el arte de aquel entonces –dirigido a las masas– tenía que simplificar los mensajes para que pudieran ser entendidos por el mayor número de personas. El escritor José María Pemán, ferviente propagandista bélico en favor del general Franco, había explicado este fenómeno con palabras muy claras: «Las masas son

cortas de vista y sólo perciben los colores crudos: negro y rojo» (Moradiellos, 2016: 22). Como es evidente, dada esa característica simplificadora de la propaganda, la realidad era distorsionada, ya que la verdad nunca es solo «negro o rojo».

## 5.2. LAS CARACTERÍSTICAS DE LA PROPAGANDA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Desde un punto de vista artístico, los comienzos del siglo XX experimentaron un resurgimiento intelectual y cultural en España. Nombres tan famosos como Picasso, Dalí, Miró, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Pío Batoja, Buñuel, Falla, Casals, Unamuno y Ortega son algunos de los más destacados de aquel período entre los que hicieron que España pudiese salir de su larga decadencia –una voluntad que se expresó tanto en la derecha como en la izquierda y se mostró en todas las formas artísticas (Thomas, 1976).

Pero como suele ocurrir en cualquier contienda bélica donde la propaganda se encuentra al servicio de la política y de la ideología, fueron pocos los artistas que pudieron evitar posicionarse a favor de un bando u otro ya que cualquier comentario, gesto o juicio se podía interpretar como una declaración en defensa de los republicanos o los sublevados (Pastor García y González de la Aleja, 2021).

La propaganda impregnaba no solo el arte, sino, y sobre todo, la vida cotidiana de las personas. Existían dos sistemas educativos durante la guerra –uno que fundamentaba las bases para construir el «nuevo Estado» nacionalista y otro que intentó mantener la doctrina republicana– que llevaban una carga propagandística para conseguir sus respectivos objetivos (Rodríguez-López, 2015). Es así como se vio fomentada la división de la sociedad española, ahondando en el maniqueísmo.

Por tanto, la guerra se debatía entre «buenos» y «malos», lo que se justificó en ambos bandos con la necesidad de salvar la humanidad de la amenaza del otro, dando lugar a mitos y exageraciones:

Uno de los mitos extendidos acerca de la Guerra Civil española fue la existencia, por un lado, de una conspiración comunista dirigida desde Moscú –mito empleado por los sublevados para justificar su causa– y por otro, de un acuerdo previo con Alemania e Italia con los conjurados –como sostuvo la propaganda republicana (Moradiellos, 2016: 200).

Para transmitir tales mensajes, uno de los mejores medios fue el llamado cartelismo –cuyos orígenes remontan a la Revolución Francesa–, un fenómeno de tipo industrial donde no había cabida para el concepto de «obra única». Muchas de las obras eran anónimas. Lo importante era crear una idea fácil de entender por las masas. Cuando el pueblo pasaba por las calles, se necesitaba captar su atención para que pudiese tomar una rápida nota mental de las imágenes y consignas que los bandos querían transmitir (Tomás, 2006). Como lo definió Josep Renau en 1937:

El cartelista es el artista de la libertad disciplinada, de la libertad condicionada a exigencias objetivas, es decir, exteriores a su voluntad individual. Tiene la misión específica –frecuentemente fuera de su voluntad electiva– de plantear o resolver en el ánimo de las masas problemas de lógica concreta (Renau *apud* Ruipérez, 1978: 10).

En cuanto al cine, Paul Virilio señaló que durante el siglo XX las pantallas cinematográficas se convirtieron en el segundo frente de batalla (Veliz, 2012), no solo nacionalmente, en el extranjero también. La cinematografía es un instrumento emocional muy fuerte puesto que apela más a los sentimientos y vivencias personales (la «memoria histórica») que a la razón (la historia).

La radio, por su parte, se convirtió en la fuente de información de millones de españoles:

En 1936, había 300.000 receptores, para algo más de 24 millones de habitantes (un receptor para cada 80 personas). En total, había 67 emisoras comerciales que funcionaban en España en julio de 1936 y que fueron el instrumento de propaganda más eficaz al servicio de la Guerra Civil (Sánchez Muñoz, 2014: 12).

Así, se puede decir que fue probablemente la radio –como medio de comunicación de masas– el medio que más importancia alcanzó durante la GCE, ya que fue el que más repercusión directa tuvo en el desarrollo del conflicto (Sánchez Muñoz, 2016). Además, pudo crear un nexo de unión sentimental entre el campo de batalla y la vida cotidiana de los pueblos y las ciudades. A parte de eso, la radio fue también un auténtico ensayo general para franceses, británicos, italianos, alemanes y soviéticos de lo que iban a hacer poco tiempo después en la II GM (Pizarroso Quintero, 2005).

La literatura también tuvo gran protagonismo propagandístico, aunque más en el bando republicano. En cuanto a las publicaciones en prosa, se multiplicaron los ensayos políticos y la literatura testimonial: las de poesía y de novelística (Hibbs-Lissorgues, 2014), aunque las novelas más conocidas hoy en día no tuvieron un efecto inmediato en la guerra.

### 5.3. LA PROPAGANDA EN EL BANDO FRANQUISTA

Como se mencionó antes, la propaganda fue más activa en el bando republicano, sin negar la importancia de su función entre los franquistas. El término «enemigo» no solo se convirtió en lo «contrario» sino que se percibió como «externo» a lo español por su naturaleza marxista. Así, es frecuente encontrar términos como «Madrid rojo», «anti-España» y otros apelativos más grotescos.

Uno de los mitos más extendidos –fruto de la propaganda sublevada– es la leyenda negra, según la cual la República nació de un complot masónico. Aunque existen diversos argumentos, hoy en día parece haber acuerdo entre los historiadores de que tal acusación es una «fantástica distorsión montada sobre una pequeña base de verdad» (Jackson, 2020: 650), ya que a pesar de que muchos republicanos fueron masones, no existió un complot, como se ha intentado argumentar.

Sin lugar a dudas, el arma propagandística más fuerte de los sublevados fue la radio aunque mostraron gran interés por el cartelismo y la literatura también.

#### 5.3.1. OBJETIVOS NACIONALES E INTERNACIONALES

El joven poeta de 23 años, Dionisio Ridruejo –también conocido como el «Goebbels español», un apelativo dudoso que se usó para compararle con Joseph Goebbels, ministro de *Propaganda del Reich*–, ascendió a dirigir la *Delegación General de Prensa y Propaganda* en el bando nacional con el objetivo de dirigir la propaganda sublevada por medio de la radio, los periódicos, folletos y conferencias, ejerciendo una fuerte censura de la información (Micheo Izquierdo, 2015).

La Falange dispuso de una *Delegación Nacional del Servicio Exterior* que tuvo una intensa actividad propagandística en contacto con grupos de Falange en el exterior y grupos afines en otros países. *The Spanish Nationalist Relief Committee* en Gran Bretaña

o *Les Amis de l'Espagne Nouvelle* en Francia surgieron como asociaciones para apoyar la causa sublevada en el extranjero.

El objetivo de los franquistas era perpetuar la idea de «barbarie roja» y «cruzada». De esta manera, se emplearon conceptos político-teológicos para justificar la legitimidad del «nuevo Estado», que hubo de defenderse ante la amenaza del enemigo. Frente a la barbarie «judeo-marxista-masónica» Franco se presentó como una figura carismática-tradicional –a pesar de que ni Hitler ni Mussolini veían a Franco como un gran líder–, adquiriendo un carácter místico: «Si José Antonio [Primo de Rivera] era el Profeta, el Caudillo es el Mesías, encarnación del Dios-Patria, el Sacerdote supremo de la religión del Estado acompañado por el Espíritu Sagrado de la Hispanidad» (Zenobi *apud* Sevillano Calero, 2014: 231). Así, una de las ventajas que tuvieron los sublevados fue el apoyo de la Iglesia, que puso su organización al servicio de la propaganda de los rebeldes, consiguiendo una gran repercusión internacional. Además, para dar mayor protagonismo al objetivo de unificación nacional de España, Franco no solo se basó en la retórica cristiana, sino que se sirvió igualmente de la tradición clásica, elogiando la civilización Romana.

El bando franquista controlaba estrictamente la información que salía de España de tal manera que los corresponsales estaban siempre acompañados de un oficial designado para dicha tarea. Fueron muchos los corresponsales que terminaron siendo expulsados del bando sublevado, incluso juzgados y condenados por condecorar a espías. Fue así como el británico Arthur Koetsler del *News Chronicle*, capturado en Málaga, llegó a ser condenado a muerte (Pizarroso Quintero, 2001).

### 5.3.2. EL CARTELISMO Y LA PINTURA

En términos generales, la cartelística del bando nacional refleja la exaltación de valores patrióticos, las cualidades religiosas de la Iglesia católica y el apoyo al régimen fascista (López Fonseca, 2015). Predomina el simbolismo a través de las flechas, el yugo, los nudos y el águila.

En cuanto a las flechas y el haz, se relacionan con los rayos solares y con la caza así como con conceptos simbólicos del impulso, rapidez, amenaza y perseverancia (López Fonseca, 2015), y son siempre en color negro en referencia a la pólvora, y en rojo, a la sangre. El yugo y el nudo cortado simbolizan la unión y disciplina (Fig. 3), mientras que

el águila la altura y el Sol (pero también es símbolo en las armas de los Reyes Católicos). Además, el simbolismo de la religión se hace visible en carteles como la *Primera Cruzada. España orientadora espiritual del Mundo* (Fig. 4) a través del uso de la cruz, proyectada en el mapa español.

Aparecen además muchas banderas, uniformes, insignias propias de los falangistas, dando un especial valor a la fuerza física –predominando así las figuras masculinas, dejando la mujer en el segundo plano (Fig. 5).

Ambos bandos acudieron al empleo de eslóganes en los carteles, el más famoso quizás de los nacionales sea *¡Arriba España!* (Fig. 6).

### 5.3.3. EL CINE

Los centros cinematográficos de España estaban situados en Madrid y Barcelona, por lo que al inicio el bando republicano tuvo mayor ventaja. Entre 1936 y 1939 se produjeron en total 360 obras cinematográficas republicanas, mientras que nacionales solo 93 (Crusells, 1998). Se consiguió rodar algunas películas en Andalucía (*Asilo naval* y *El Genio alegre*), pero la mayoría de las producciones se realizaron con la ayuda de Alemania, Italia y Portugal. Además, los objetivos de comunicación de los sublevados se centraron más en la radio y la prensa, sobre todo al inicio del conflicto, desfavoreciendo así la producción cinematográfica.

De este modo, fueron importantes las inversiones privadas para la elaboración de películas. Entre ellos destacan: Cifesa (*Entierro del General Sanjurjo*, 1936), CEA (*La toma de Bilbao*, 1937), Cinesia, Films Patria, Ufilms o Producciones Hispánicas (Crusells, 1998). El propio Ejército sublevado –que carecía casi de recursos–, consiguió realizar *La reconquista de Málaga* (1937) y *Belchite* (1938). Además, en 1938 se creó el *Departamento Nacional de Cinematografía* con los objetivos de realizar noticieros y controlar el material importado a la España nacional (fue importante la creación del *Noticiero español*).

En las películas modernas del presente siglo, los falangistas presentan un perfil casi psicopático: en *El lápiz del carpintero*, el personaje Zalo, además de disfrutar de los asesinatos nocturnos, también maltrata a su esposa (Pelaz López, José-Vidal y Tomasoni, 2011).

#### 5.3.4. LA RADIO

Los nacionales empezaron a usar en su favor la radio para denunciar las cuestiones morales y religiosas del bando republicano al mismo tiempo que trataron de alabar la figura de Francisco Franco. *Radio Sevilla*, *Radio Tenerife*, *Radio Ceuta* y *Radio Melilla* fueron las más importantes emisoras de la propaganda nacional (Sánchez Muñoz, 2014).

En *Radio Sevilla*, Queipo de Llano realizó unas de las intervenciones más interesantes de la GCE. Hablando con un lenguaje vulgar, utilizando insultos y groserías, pronto se convirtió en una estrella radiofónica para los sublevados y en uno de los dirigentes sublevados más odiados por las izquierdas (Pena Rodríguez, 1997). En uno de sus discursos decía lo siguiente:

Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id preparando sepulturas! Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda responsabilidad. ¿Qué haré? Pues imponer un durísimo castigo para callar a esos idiotas congéneres de Azaña. Por ello faculto a todos los ciudadanos a que, cuando se tropiecen a uno de esos sujetos, lo callen de un tiro. O me lo traigan a mí, que yo se lo pegaré (de Llano *apud* Sánchez Muñoz, 2014: 16).

Creada en 1937, *Radio Nacional Español* también desempeñará un papel importante. Durante los años de guerra, la censura fue parte íntegra de la propaganda franquista, ya que se intentaba destruir el pasado republicano. Una vez acabada la guerra, con la creación del *Boletín Oficial del Estado*, toda información era objeto de una censura previa.

#### 5.3.5. LA LITERATURA

Entre los autores españoles más significativos se encuentran Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, el propio Dionisio Ridruejo, y en líneas más generales –los que se identifican con el tradicionalismo–, José María Pemán, Luis Rosales Leopoldo Panero o Manuel Machado, entre otros. Las obras literarias se pueden agrupar en libros de antologías como *Antología poética del Alzamiento* o *Cancionero de la guerra* y libros individuales.

Según Cuesta Guadaño (2015), la retórica falangista da protagonismo a un lenguaje caracterizado por el espíritu militar, patriótico y religioso. De esta manera, lo que predomina en los poemas nacionalistas es la reiteración de sus propios valores e ideología. En *Horas de oro*, dedicado al Caudillo, el autor, Manuel Machado se expresa de la siguiente manera:

Dignaos, pues, Señor, aceptar el homenaje de este libro que –en alas de la gloria de vuestro nombre– llevará a todos los confines del dilatado Imperio de nuestro idioma el eco de la nueva Reconquista de España, de que V.E. el excelso Caudillo (Machado *apud* Cuesta Guadaño, 2015: 298).

El propio Ridruejo, por su faceta poética, también había publicado poemas suyos en todo tipo de revistas, exaltando a Franco, a José Antonio, u otros semejantes en obras como *Poesía en armas* o *Corona de sonetos a José Antonio*. Fue además un hábil orador, sabiendo aprovechar su sensibilidad literaria, consiguiendo una mezcla entre lo literario y político (Micheo Izquierdo, 2015).

También se pueden encontrar ejemplos en los que más que realizar una glorificación de Dios, del Caudillo o de España, se intenta desacreditar al enemigo, a base de la misma analogía que harán los izquierdistas. José María Pemán, autor del *Poema de la bestia y el ángel* establece una contraposición maniquea y apocalíptica entre las fuerzas del mal y el bien (Cuesta Guadaño, 2015).

Autores franceses como Henri Massis y Paul Claudel escribieron odas a la gloria de Franco, Brassillach y Drieu la Rochelle dedicaron novelas a la CGE cuyos héroes se trasladan a España «para huir de la decadencia burguesa y participar en el combate que está forjando al ‘hombre nuevo’ fascista» (Traverso, 2007: 211). Ramiro Ledesma o García Serrano, escritores falangistas, acogen el mito de Jünger, donde el hombre que participa en el combate adquiere una «moral guerrera de rango superior» (Traverso, 2007).

#### 5.4. LA PROPAGANDA EN EL BANDO REPUBLICANO

Como apunta Enzo Traverso, la lucha del antifascismo –ejercida por una pluralidad de corrientes (marxista, cristiana, liberal, republicana)– no presenta un perfil

unitario, y sin embargo, es capaz de articular un objetivo común, a base valores universales heredados de la Ilustración.

El antifascismo incluye todos los elementos constitutivos de una ‘esfera pública’ en el sentido más tradicional del término: la literatura, las ciencias, las artes, la prensa. [...] Si, como afirma Jürgen Habermas, el espacio público nace en el siglo XVIII como una red de debate y de ejercicio crítico de la razón gracias al cual la sociedad civil puede diferenciarse y eventualmente expresar su oposición al absolutismo, el antifascismo organiza y articula la resistencia de las sociedades democráticas del siglo XX contra el advenimiento de las dictaduras modernas (Traverso, 2007: 216-217).

De esta manera, los intelectuales antifascistas se presentan como los nuevos filósofos que tenían el deber de guiar al pueblo hacia la razón.

Sin embargo, este antifascismo, la mayoría de las veces, ignoraba, que el estalinismo, por su parte, no estaba tampoco exento de crímenes contra la humanidad. Eran muy pocos los antifascistas que estaban dispuestos a denunciar tales crímenes, puesto que la mayoría de ellos, al aceptar que los comunistas eran indispensables para combatir el antifascismo, callaron la verdad sobre la dictadura estalinista (Traverso, 2007). También se ha omitido el hecho de que los brigadistas –con su importantísima función propagandística– muchas veces estaban obligados a seguir en el frente después de haber caducado su contrato y en lugar de la disciplina, reinaba el terror: uno de los brigadistas estadounidenses de origen húngaro, Sándor Vörös, escribía en 1938 que los líderes del Kremlin daban órdenes para ejecutar soldados y oficiales (Moa, 2004). Por tanto, a pesar de la aparente representación de valores heroicos, la URSS era una potencia que actuaba con brutalidad, no solo dentro de su propio territorio, sino muchas veces dentro del territorio español, en el caso de los brigadistas.

#### 5.4.1. LOS OBJETIVOS NACIONALES E INTERNACIONALES

El 4 de noviembre de 1936 Largo Caballero creó un Ministerio de Propaganda que pasaría a ser una Subsecretaría dependiente del Ministerio del Estado con Azaña, indicando así la importancia del papel de la propaganda. El bando republicano contó con muchos más recursos para llevar a cabo su programa propagandístico que el bando sublevado –sobre todo en la producción cinematográfica–, además de que el gobierno

vasco (Servicio de Propaganda) y la Generalitat de Catalunya (Comisariado de Propaganda) también ejercieron competencias en este terreno.

Uno de los objetivos principales en el extranjero fue conseguir apoyo de las democracias, Francia y Gran Bretaña, para involucrarse activamente en el conflicto y así parar la masacre de los civiles y la expansión del fascismo (Roesch, 2011). De esta manera, las embajadas y los servicios de prensa tuvieron un papel muy importante no solo a la hora de proporcionar información para sus países, sino también a la hora de editar folletos de propaganda en varios idiomas.

#### 5.4.2. EL CARTELISMO Y LA PINTURA

La Exposition Internationale des Arts et Techniques, celebrada en París en el verano de 1937, supuso un hito en la propaganda exterior de la República donde el Pabellón de España, dirigido por Josep Renau «se construyó para contar las alabanzas de la República y recabar los apoyos de las democracias» (Pearl Vega, 2015: 30). Fue aquí donde se expuso la obra de Picasso, *Guernica*, tras la noticia de los bombardeos efectuados por la aviación alemana sobre la villa vasca que da nombre a la obra, testimoniando el horror y las atrocidades que supuso la guerra (Fig. 7). También estaban expuestas las obras de Julio González, *La Montserrat* (Fig. 8), y de Joan Miró, *El payés catalán en revolución* (o *El Segador*) (Fig. 9), entre otros.

El arte visual a principios del siglo XX se caracterizó por la presencia de las vanguardias (cubismo, surrealismo, puntillismo, etc.). Fueron corrientes de gran experimentación que según el Primer Congreso de Autores Soviéticos en 1934 no servían para cumplir con el «compromiso» de la guerra. En tiempos de guerra, el realismo es el género que suele predominar, puesto que se necesita que el público comprenda perfectamente el mensaje del arte. Es así como en el Congreso se decidió que sería el realismo la corriente que dominaría la estética artística en todos los sentidos (López Fernández, 2015). Pero, como se ve tanto en Picasso como en Miró, su arte no representó el realismo dentro de sus parámetros convencionales. En vez de una convivencia entre realismo y vanguardia, López Fernández argumenta que lo que existió fue una «convivencia de formas como de una especialización dentro de una misma estética, o marco estética realista» (2015: 172) en que el mensaje se entendía perfectamente.

Así, una de las características del cartelismo republicano fue la noción del terror artístico (como el *Guernica* hace efectivo por su título y que encontraría en Goya a uno de sus paradigmas), con la frecuente presencia de aviones y bombas que aterrorizaban a la población (Fig. 10) (Caroll *apud* López Fernández, 2015).

El cartelismo en el bando republicano fue una de las armas más importantes de la propaganda, que sirvió tanto para influenciar a la población española como a la extranjera. Los carteles consiguieron transmitir mensajes de manera instantánea, así como llegar a las masas. Uno de los eslóganes más famosos que se emplearon fue el *¡No pasarán!* (Fig. 11), que se convirtió no solo en el grito de la defensa de la capital, sino de toda España, ante la invasión franquista. Los carteles republicanos trataron de transmitir, por un lado, que se estaba llevando a cabo la destrucción de la humanidad por los sublevados, y por otro, que esto sucedía mediante una «invasión extranjera» (Fig. 12). Por su puesto, la retórica implícita abundaba en exageraciones, característica inherente de la propaganda bélica. Si para los nacionalistas el enemigo era un ser sangriento, no pasaba de otra manera en el bando republicano, para los que el otro bando se representó como una *Bestia*, pero siempre individual y de menores dimensiones que el contendiente (Fig. 13) (López Fernández, 174).

Aproximadamente el treinta por ciento de los carteles predicativos estuvieron organizados metafóricamente. [...]. Los carteles sinecdóquicos constituyeron uno de los sectores más interesantes de la iconografía bélico-revolucionaria española: manos, puños, pies, cabezas estuvieron presentes en la mente del pueblo hispano como imágenes de valor, altamente significativas en la escala de la sociedad española del 36 (Tomás, 2006: 16).

Al inicio, la mujer miliciana republicana fue un símbolo de lucha contra el fascismo (Fig. 14), pero en octubre de 1936 Largo Caballero decidió retirarlas del ejército, justificando que el lugar de las mujeres no estaba en el frente (Gómez Escarda, 2008). Esto supuso que la mujer ocupó puestos que normalmente los hombres tenían acceso a ocupar (Fig. 15). Pero una vez finalizada la guerra, paradójicamente, las mujeres ya no estaban capacitadas para realizar dichos trabajos tampoco.

En cuanto al periodismo gráfico, la revista americana *Life Magazine* se consideró uno de los mejores del tiempo que no solo mostraba la fuente de las imágenes que publicaba, sino que añadió una completa bibliografía sobre los autores. Esta revista

publicaba las mejores obras de Robert Capa –en su nombre original, Endre Ernő Friedmann, de origen húngaro–, que fue quizás el fotógrafo más famoso de la GCE con su imagen mundialmente conocida, *Muerte de un miliciano* (Fig. 16). Capa vino a España en 1936 con su esposa, Gerda Taro, también fotógrafa, y que murió después de la batalla de Brunete en julio de 1937. Tras el fallecimiento de su esposa, Capa abandonó España y pasó a fotografiar la guerra chino-japonesa en 1938. Su fotografía del miliciano que muere apareció encabezando una crónica ilustrada con fotogramas de la película de Joris Ivens, John Ferno y Ernest Hemingway, *The Spanish Earth*.

### 5.4.3. EL CINE

La cinematografía republicana, que contaba con ventajas geográficas, fue mucho más activa, mostrando más esfuerzo humano y económico. Sus obras fueron producidas por centrales sindicales, organismos gubernamentales, partidos políticos e iniciativa privada.

Los noticieros fueron uno de los elementos más importantes de la propaganda – algo con lo que los franquistas solo contaría dos años después de empezar la guerra. El grupo anarquista FAI-CNT, que controlaba el Sindicato de la Industria del Espectáculo, produjo entre 1936-1938 treinta números del noticiero *España gráfica*. Film Popular, organización Marxista, también dirigió un noticiero, *España al día*.

En la Subsecretaría de Propaganda existió una sección dedicada al cinema que organizó la producción de *Atentado a Madrid* (1937), *España por Europa* (1937) y *Un año de guerra* (Arturo Ruiz Castillo, 1937), entre otros.

Entre los documentales norteamericanos sobre la GCE vale la pena mencionar *Return to Life*, de Henri Cartier Bresson y Herbert Kline sobre los servicios sanitarios en el bando republicano; también sobre la ayuda médica extranjera a la República, *Heart of Spain*, de Leo Hurbitz y Paul Strand. Pero uno de los más populares fue el ya mencionado *Spanish Earth* de Joris Ivens, con la colaboración de Ernest Hemingway, que con una duración de 58 minutos se estrenó en el Cine Rialto de Madrid el 23 de mayo de 1938. También obra de Joris Ivens fue *Spain in Flames*.

En las películas más recientes (siglo XXI), los personajes republicanos son presentados generalmente como positivos, idealistas, un tanto inconformistas, y

defensores de la libertad y la democracia encarnadas en la legalidad republicana (Pelaz López, José-Vidal y Tomasoni, 2011: 15).

#### 5.4.4. LA RADIO

A comienzos de la guerra, desde Unión Radio Madrid, el Gobierno insistía en la total normalidad y en los éxitos militares. Además, se subrayó la fuerza que mostraron los combatientes republicanos frente a la debilidad de los sublevados (Sánchez Muñoz, 2014). En Unión Radio (Madrid, Barcelona y Valencia) los republicanos realizaron sus proclamas con más energía, destacando dos valores: la democracia y la legitimidad. Estas emisiones republicanas fueron escuchadas cada día por millones de personas y se convirtieron en la fuente principal de información para muchos. El 21 de julio el Gobierno republicano recomendó a todos los radioyentes que contribuyeran a difundir las noticias auténticas del Gobierno, ya que dentro del aparato propagandístico no se podía identificar fácilmente qué información era verídica y cuál no.

#### 5.4.5. LA LITERATURA

Los dos Congresos Internacionales de Escritores para la Defensa de la Cultura (el primero celebrado en París y el segundo en plena Guerra Civil en la Valencia republicana) contribuyeron en gran medida a la lucha contra el antifascismo. En el caso de la segunda conferencia celebrada, el hecho de haber convocado a escritores de todo el mundo en España se convirtió en «un acto de reivindicación para la propia República» (Pastor García y González de la Aleja, 2021: 22), semejante al Pabellón de España en París.

Muchos escritores e intelectuales españoles y europeos se identificaron con la causa republicana, entre ellos Antonio Machado, Chaves Nogales, Thomas Mann, George Orwell, Ernest Hemingway, André Malraux, Arthur Koester, W. H. Auden, etc. Dado el carácter dramático de la situación política, la literatura y el arte en general adquirieron un fuerte «compromiso» con el objetivo de denunciar la barbarie de la guerra y, de esta manera, provocar un cambio en la actitud de las personas.

En el caso de Geoge Orwell, había llegado a España como periodista, pero como precisa él mismo en *Homenaje a Cataluña*, «me alisté en la milicia casi en seguida, porque en aquel momento y en aquel ambiente parecía lo único lógico» (Orwell, 2014:

34). La obra de Orwell –que es uno de los autores más conocidos dentro de la producción literaria sobre la GCE– es de carácter testimonial. El análisis de este tipo de fuentes empezó a formar parte de la investigación historiográfica a partir de los años 60 con la obra de Hugh Thomas, *La guerra civil española* (Moradiellos, 2016). Otro de los escritores célebres que contribuyeron a la causa republicana fue Ernest Hemingway, que también llegó a España como corresponsal, en su caso, de la North American Newspaper Alliance. Estas obras testimoniales hablan de una multiplicidad de temas, pero es interesante resaltar el especial interés mostrado por aspectos como la sanidad, las mujeres y los niños (Prades-Artigas, Lourdes y Sebastiá-Salat, Montserrat, 2011). En estas obras, por su carácter «testimonial», predominan las descripciones de los sentimientos y emociones desde la perspectiva de «memoria histórica». Aparecen imágenes vivas de los días pasados en las trincheras, las efímeras condiciones en las que vivían los combatientes, y en general, los horrores de la guerra.

Los escritores como Orwell y Hemingway, pero también Malraux (*L'Espoir*), George Bernanos (*Les grands cimetières sous la lune*) y Mikhail Koltsov (*Ispanski Dnevnik*) –todos de origen extranjero y que vivieron personalmente la GCE–, cultivaron el género novelístico. En general se puede decir que la literatura republicana se caracteriza por el canto al heroísmo popular y a los valores de la comunidad, siendo predominantes los conceptos de la universalidad y el colectivismo, con el uso recurrente a formas léxicas apelativas como «hermanos», «camaradas» o «compañeros» frente a la literatura afín a los sublevados, donde es más característico el homenaje y la sublimación personal (Sánchez Zapatero, 2021).

Los poemas de Federico García Lorca que fueron citados en el Pabellón del Congreso Internacional de París se convirtieron en emblema de la España republicana (Peral Vega, 2015). Además, el grupo de teatro La Barraca –dirigido por el comunista Miguel Hernández durante la GCE–, presentó la obra *Fuenteovejuna*, que los franceses pudieron disfrutar unos meses después de la exposición (Peral Vega, 2015). Miguel Hernández, que se alistó en las filas de los voluntarios en la guerra, elaboró un gran proyecto cultural, contribuyendo a la causa republicana a través de sus poemas y piezas teatrales. Sus poemas «Las manos» o «El sudor» hacen bien visible –a través de sinécdoques y símbolos– el enfrentamiento entre los dos bandos: explotados y explotadores, proletarios y capitalistas, manos trabajadoras y fecundas frente a las ociosas y estériles (Alarcón Sierra, 2015).

El exiliado Manuel Chaves Nogales, desafortunadamente menos conocido entre los escritores, tuvo una personalidad muy interesante que «no se casó con nadie». Ha llegado a ser protagonista de un mediodocumental, *El hombre que estaba allí*, de 2013, que fue finalista en los Goya de 2014 en su categoría (Cassol, 2015).

## 6. CONCLUSIÓN

Como se ha visto a lo largo de este Trabajo de Fin de Grado, la Guerra Civil española, a pesar de haberse originado como consecuencia de los problemas internos del país, pronto se convirtió en un conflicto bélico europeo. La analogía y sincronía cronológica entre el caso español y europeo, que se ha visto perfilado tras la I GM, aumentaron aún más la rápida internacionalización de la contienda, en la que los países involucrados, pudieron, además, experimentar técnicas empleadas posteriormente en la II GM.

La diplomacia internacional, instrumento efectivo aunque muy limitado en tiempos de guerra, intentó mantener el conflicto dentro de España a través del Acuerdo de No Intervención, que resultó ser uno de los acuerdos más inefectivos e hipócritas del siglo XX. A pesar de que para ningún país es conveniente que una guerra llegue a expandirse en su propio territorio, el objetivo sublime de la diplomacia por garantizar la paz es empleado muchas veces como un señuelo para esconder los verdaderos intereses de los países.

El fenómeno de la propaganda, por su parte, fue uno de los aspectos que junto a la ayuda militar todos los países usaron en su favor como una retaguardia adicional, reconociendo su enorme potencial para influenciar la opinión pública. La creación de instituciones gubernamentales y privadas, dedicadas exclusivamente a la producción propagandística, como es el caso de los radios, noticieros o carteles, testimonian el interés consciente en emplear esta práctica, mientras que también ha existido, y sigue existiendo, un gran número de obras que inconscientemente cumplen esta misma función como elemento de la «memoria histórica».

Teniendo en cuenta todo lo anterior, conviene recordar que las guerras, y sobre todo las guerras civiles, siendo éstas fratricidas, son el resultado extremo del fanatismo ideológico, mostrando las peores características que los seres «humanos» pueden llegar a tener. Se espera que el ejemplo de la Guerra Civil española y de la historia sirva para

darse cuenta de que nadie, bajo ninguna circunstancia, debe ser aniquilado, por muy contrarias que sean sus ideologías y convicciones.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón Sierra, Rafael, «Poesía en la guerra: metamorfosis hernandiana de ‘Las manos’, un motivo literario de largo aliento», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 49-97.
- Alpert, Michael, *A New International History of the Spanish Civil War*, Londres: Palgrave Macmillan, 2004.
- Beevor, Anthony, *La Guerra Civil española*, trad. Gonzalo Pontón, Barcelona: Planeta, 2005. [Primera edición en inglés, 1989, *The battle for Spain*].
- Cassol, Alessandro «La defensa de Madrid en la novela republicana. Propaganda a distancia», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 147-169.
- Ciano, Galeazzo, *Diario*, Milán: Rizzoli, 1996.
- Crusells, Magí, «El cine durante la Guerra Civil española», *Comunicación y Sociedad*, 11 (1998), págs. 123-152.
- Cruz Mina, María, *Comunicación, cultura y política durante la Segunda República y la guerra civil*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1990.
- Cuesta Guadaño, Javier, «‘Por Dios y por España’: poesía y propaganda del bando nacional durante la Guerra Civil», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 279-333.
- Gómez Escarda, María, «La mujer en la propaganda política republicana de la Guerra Civil española», *Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 9 (2008), págs. 83-101.
- Graham, Helen, *The Spanish Civil War: a very short introduction*, Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- Henrikson, Alan, 2005. The Edward R. Murrow Center. The Fletcher School, Tufts University, Archived: 2010-06-17 at the Wayback Machine.
- Hibbs-Lissorgues, Solange, «La novela de guerra en España (1937-1939): una literatura de propaganda al servicio del nacional-catolicismo», *Société des Hispanistes Français*, 3 (2014), págs. 165-182.

- Jackson, Gabriel, *La República española y la guerra civil*, trad., Obregón, Enrique, EpubLibre, 2020. [Primera edición en inglés, 1965, *The Spanish Republic and the Civil War*].
- Jara Roncati, Eduardo, *La Función Diplomática*, Santiago de Chile: RIL Editores, 1989.
- Kowalsky, Daniel, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*, New York: Columbia University Press, 2004.
- López Fernández, Álvaro, «La deformación del enemigo en la cartelerística republicana (1936-1939)», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 169-197.
- López Fonseca, Antonio, «Iconografía clásica en la propaganda ‘nacional’», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 365-395.
- MAEC, [Términos diplomáticos](#). Recuperado el 20 de Mayo de 2021.
- Marqués Salgado, Antonio Javier, «Contraste ideológico entre los intelectuales italianos en relación con la Guerra Civil española», *Revista de la Sociedad Española de Italianistas* 9 (2013), págs. 229-236.
- Micheo Izquierdo, José de, «Dionisio Ridruejo, propagandista (1937-1939)» en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 239-279.
- Moa, Pío, *Mitos de la Guerra Civil*, EpubLibre, 2004.
- Moradiellos, Enrique, *Historia mínima de la Guerra Civil Española*, Madrid: Turner, 2016.
- Orwell, George, *Homenaje a Cataluña*, trad. Temprano García, Miguel, Barcelona: Debolsillo, 2014. [Primera edición en inglés, 1938, *Homage to Catalonia*].
- Pastor García, Daniel y González de la Aleja, Manuel, «Literatura y compromiso en la lengua inglesa», en Sánchez Zapatero, Javier, ed., *La Trinchera Universal. Los voluntarios internacionales y la literatura de la Guerra Civil española*, Granada: Comares, 2021, págs. 13-39.
- Payne, Stanley G., *La revolución española (1936-1939)*, Barcelona: Espasa, 2020. [Primera edición en inglés, 1970, *The Spanish Revolution*].
- Pelaz López, José-Vidal y Tomasoni, Matteo, «Cine y Guerra Civil», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 3 (2011), págs. 1-29.

- Pena Rodríguez, Alberto, *El Estado Novo de Oliveira Salazar y la Guerra Civil española: información, prensa y propaganda (1936-1939)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- , «La ‘guerra del éter’, La campaña radiofónica de Portugal contra la Segunda República española», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 3 (2011), págs. 1-20.
- , «Salazar y Franco en el panorama internacional: estrategia diplomática y propaganda (1936-1945)», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, 25 (2013), págs. 23-48.
- Peral Vega, Emilio, «El Pabellón de España en la Exposición Internacional de París (1937): estandarte de una propaganda errática», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 10-49.
- Pizarroso Quintero, Alejandro, «Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y Comunicación Social*, 6 (2001), págs. 63-96.
- , «La historia de la propaganda: una aproximación metodológica», *Historia y Comunicación Social*, 4 (1999), págs. 145-171.
- , «La Guerra Civil española, un hito en la historia de la propaganda», [El Argonauta Español](#), 2005. Consultado el 20 de febrero de 2021.
- Prades-Artigas, Lourdes y Sebastiá-Salat, Montserrat, «Fenomenología y Guerra Civil española: la visibilidad de las fuentes documentales sobre las Brigadas Internacionales (1937-2011)», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 3 (2011), págs. 1-28.
- Preston, Paul, *La guerra civil española*, trad. Beltrán, Jordi, Barcelona: Debate, 2020. [Primera edición en inglés, 1986: *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution and Revenge*].
- Rodríguez-López, Carolina, «Entre la normalidad institucional y la propaganda. Experiencias escolares y universitarias durante la Guerra Civil», en Peral Vega, Emilio y Sáez Repos, Francisco, eds., *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid: Editorial Iberoamericana, 2015, págs. 179-239.
- Roesch, Claudia, «‘Spain is fighting for us’ Representations of the Spanish Civil War by the German left in exile», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 3 (2011), págs. 1-16.
- Ros Agudo, Manuel, «El espionaje en España en la Guerra Civil y la segunda guerra mundial: una visión general», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 4 (2016), págs. 1-21.
- Ruipérez, María, «Renau-Fontseré: los carteles de la guerra civil», *Tiempo de historia*, 49 (1978), págs. 10-25. [Consultado en *GREDOS*, Universidad de Salamanca]

- Sánchez Muñoz, Antonio, *La propaganda en la Guerra Civil: el uso de la radio y el cine*, Almería: Universidad de Almería, 2016.
- Sánchez Zapatero, Javier, «Entre el mito y la realidad: Las Brigadas Internacionales en la literatura española», en Sánchez Zapatero, Javier, ed., *La Trinchera Universal. Los voluntarios internacionales y la literatura de la Guerra Civil española*, Granada: Comares, 2021, págs. 209-229.
- Schuilze Schneider, Ingrid, «La propaganda alemana en la Segunda República Española», *Historia y Comunicación Social*, 4 (1999), págs. 183-197.
- Sevillano Calero, Francisco, «La propaganda y la construcción de la cultura de guerra en España durante la Guerra Civil», *Studia historica. Historia contemporánea*, 32 (2014), págs. 225-237.
- Sevillano Carbajal, Francisco-Virgilio, *La diplomacia mundial ante la guerra española: crónica basada en una colección de documentos diplomáticos y políticos, producidos por las potencias con motivo de dicha guerra*, Madrid: Editora Nacional, 1969.
- Thomas, Hugh, *La Guerra Civil española*, Barcelona: Grijalbo, 1976.
- Tomás, Facundo, «Guerra Civil española y carteles de propaganda: El arte y las masas», *Olivar: revista de literatura y cultura españolas*, 7 (2006), págs. 63-85.
- Traverso, Enzo, *A sangre y fuego: de la guerra civil europea, 1914-1945*, trad., Petrecca, Miguel Ángel, Valencia: Universitat de València, 2009. [Primera edición en francés, 2007, *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*].
- Veliz, Mariano, «Los documentales de propaganda en la Guerra Civil española», *Imagofagia: revista de la Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual*, 5 (2012), págs. 1-22.
- Vilar, Pierre, *La Guerra Civil española*, Barcelona: Crítica, 1986.

## 8. ANEXO GRÁFICO

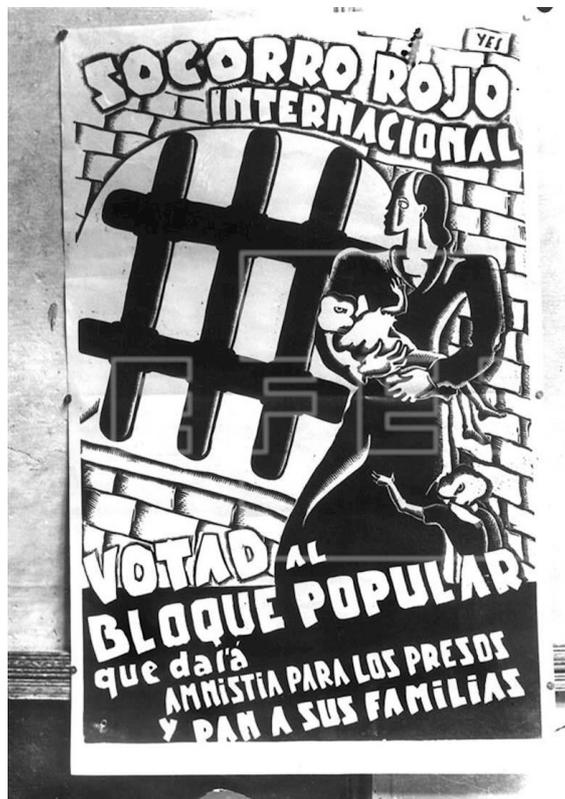


Fig. 1

Cartel de propaganda política del Frente Popular colocado durante la campaña electoral para las elecciones de 16 de febrero del 1936 en la Segunda República, Madrid, 1936

[Fuente: Agencia EFE, [referencia 8000309125](#)]



Fig. 2

Cartel electoral de Gil Robles en la Puerta del Sol de Madrid

[Fuente: <https://www.fideus.com/>]



Fig. 3

[Fuente: Falange Española, *En España amanece. Arriba España*, 1935]



Fig. 4

[Fuente: Servicio Nacional de Propaganda, *Primera Cruzada. España orientadora espiritual del Mundo*, 1939]



Fig. 5

[Fuente: Sáenz de Tejada, Carlos, *En nuestra justicia está nuestra fuerza*, 1939]

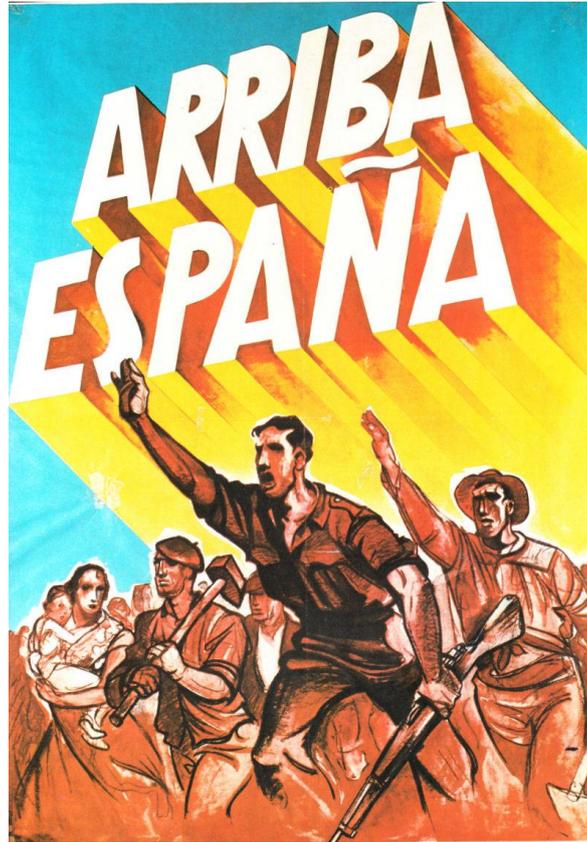


Fig. 6

[Fuente: Anónimo, *Arriba España*, 1936-1939]



Fig. 7

[Fuente: Picasso, Pablo, *Guernica*, 1939]



Fig. 8

[Fuente: Gonzalez, Julio, *El Monserrat*, 1937]



Fig. 9

[Fuente: Miró, Joan, *El Segador*, 1937]

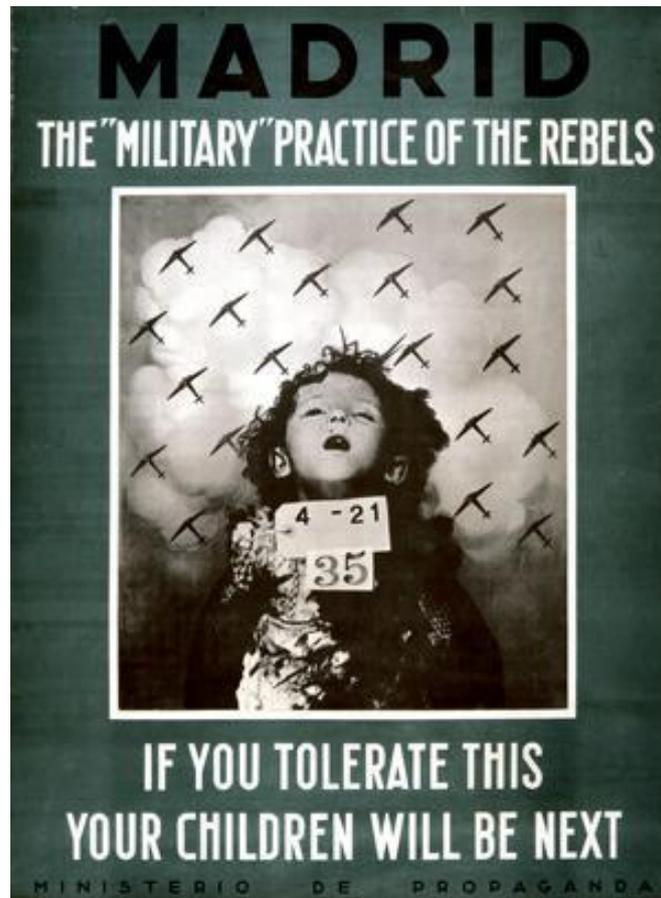


Fig. 10

[Fuente: Ministerio de Propaganda, *If you tolerate this your children will be next*, 1936]



Fig. 11

[Fuente: Anónimo, *¡No pasarán!*, 1936]



Fig. 12

[Fuente: Mauprivez Amado, Oliver, *La garra del invasor italiano pretende esclavizarnos*, 1936-1939]



Fig. 13

[Fuente: Robles Sánchez, Germán Horacio, *Aprieta fuerte compañero!!*, 1936]



Fig. 14

[Fuente: Artech: Barcelona, 1936]



Fig. 15

[Fuente: Parrilla, *La mujer trabajadora en la guerra*, 1937]



Fig. 16

[Fuente: Capa, Robert, *Muerte de un miliciano*, 1936]